

EL CAMPANIFORME EN LA MESETA SUR: NUEVOS DATOS Y PROPUESTAS TEÓRICAS

Rafael Garrido Pena*

RESUMEN. - Se presenta una actualización de los datos disponibles sobre yacimientos y hallazgos campaniformes conocidos en la Meseta Sur, cuyo número ha aumentado de forma espectacular en los últimos años como consecuencia de las prospecciones llevadas a cabo, hasta un total de 181 sitios. Con todo, la información procedente de excavaciones sigue siendo muy limitada y referida casi exclusivamente al poblado madrileño de El Ventorro. Se comparan estos hallazgos con la información procedente de la Meseta Norte y se esboza una reinterpretación de los datos a la luz de las propuestas teóricas actuales, centradas en el papel de la cerámica campaniforme como elemento de prestigio dentro de la estructura social de los grupos calcolíticos locales.

ABSTRACT. - A comprehensive and updated summary is presented on the Bell Beaker sites in the Southern Meseta, after the great increase of new findings resulting from the last surveys in the area, totalling 181 sites. High-quality information, however, is still restricted to the one extensively excavated site, the settlement of El Ventorro (Madrid). The cultural aspects are compared with the data from the Northern Meseta, and an outline is presented of the current theoretical positions about the Beaker phenomenon, focused on the role that this luxury pottery played as a prestige good in the social strategies of local chalcolithic groups.

PALABRAS CLAVE: Campaniforme, Elementos de prestigio, Élite, Conflicto social, Meseta Sur.

KEY WORDS: Bell Beaker, Prestige goods, Elite, Social conflict, Southern Meseta.

1. INTRODUCCIÓN¹

El estudio del campaniforme meseteño presenta por un lado una ausencia casi total de debate teórico, lo que, a falta de modelos alternativos, lleva al empleo continuado de los tradicionales; y por otro, un desfase en los inventarios de materiales conocidos respecto a la situación actual, como consecuencia, en buena medida, de la falta de estudios globales. Ante este panorama parece oportuno dirigir la atención de forma prioritaria hacia dos vías de actuación:

— La proposición de un marco teórico alternativo que anime el debate y rompa con la inercia que perpetúa el manejo anacrónico de los modelos tradicionales.

— La actualización del inventario de información hoy disponible en el área de estudio, que ya quintuplica la habitualmente utilizada.

Existen muchas limitaciones para la consecución de ambos fines. Es evidente que en lo que se refiere a los aspectos teóricos, la falta de discusión y la perpetuación de los modelos tradicionales es un

rasgo que caracteriza a casi toda la Prehistoria española. Además estos nuevos planteamientos necesitan para su adecuada contrastación de un caudal de información fresca, aún inexistente, pues sólo contamos con datos antiguos, obtenidos para la contrastación de pasados modelos con preocupaciones que ya no son pertinentes, y con otros que, pese a ser obtenidos recientemente (excavaciones de urgencia, cartas e inventarios provinciales), son incompletos. Sin embargo la única forma de superar esta situación, con todos los riesgos que ello implica, es romper el círculo vicioso proponiendo un nuevo modelo que se plantee problemas diferentes y oriente, por tanto, el debate y los trabajos de campo a obtener la información necesaria para el análisis de estas nuevas inquietudes.

Este trabajo sólo se propone encaminar los pasos de la investigación por esa senda, sin que se pretenda, por ello, más que el planteamiento de un marco explícito y previo en el que desarrollar los estudios futuros. Nos parecería que tal esfuerzo valió la pena si, con ello, aunque no resueltas, se hubieran

* Becario de FPI. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. 28040 Madrid.

planteado las preguntas adecuadas, pues, como señalan Criado y Vázquez (1982: 83), esto ya supone un aceptable grado de conocimiento.

2. UN ASUNTO "EUROPEO"

Tras una etapa inicial, a fines del siglo pasado, en la que los primeros descubrimientos recibieron diferentes denominaciones locales, algunos investigadores comienzan a relacionar los hallazgos y surgen las primeras interpretaciones globales, que se dirigen, de forma prioritaria, a indagar en el origen y la expansión de estas llamativas cerámicas. Sobre su foco de origen se plantearon diversas teorías, tanto orientalistas (Montelius, Dechelette,...) como occidentalistas (Schmidt, Bosch Gimpera, Castillo,...).

En los años 60, y como reacción a estas síntesis, proliferan los trabajos de tipo regional, consecuencia a su vez de la multiplicación de los hallazgos que muestran un panorama más complejo, con una mayor variedad regional. La formulación teórica más destacada del momento es la "Teoría del Reflujo" de Sangmeister (1963), que intenta explicar la dualidad de estilos cerámicos (puntillados e incisos) constatada en todo el ámbito europeo. La celebración del Congreso de Oberried en 1974 (Lanting y Van der Waals 1976) trajo consigo el comienzo de los nuevos planteamientos: junto a trabajos de ámbito regional, como el de Lanting y Van der Waals que establece el origen del campaniforme de estilo Marítimo en el Bajo Rin, a partir de amplias series de dataciones radiométricas (conocido en la bibliografía como el "Modelo Holandés"), destaca el de Clarke (1976), que rompe con todo el marco teórico anterior y propone uno nuevo, que explica la difusión de los elementos campaniformes, en tanto que objetos de lujo, a través de las redes de intercambios que ligan a las élites, en un momento de profundos cambios sociales en toda Europa.

Diversos congresos posteriores como los de Niza en 1976 (Guilaine 1984) o Edimburgo en 1977, incorporan estas nuevas perspectivas teóricas. Entre ellos destaca el celebrado en 1986 en Oxford (Waldren y Kennard 1987), centrado en el Mediterráneo occidental, que ofrece un buen panorama de los trabajos actuales, con un claro predominio de investigaciones de escala local o regional, aunque no faltan interesantes aportaciones teóricas, como la de Sherratt (1987) acerca del papel del alcohol en la difusión de las cerámicas campaniformes.

La última síntesis de ámbito europeo realizada hasta ahora es la de R.J. Harrison (1980), que incorpora tanto el Modelo Holandés como las ideas

de Clarke.

3. UN SIGLO DE INVESTIGACIONES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

En mayo de 1894, unas obras sacaron a la luz en Ciempozuelos (Madrid) los primeros materiales campaniformes de la Península Ibérica². Comenzaba así una larga historia de descubrimientos y teorías diversas protagonizada por algunas de las más ilustres figuras de la Prehistoria española. Se suceden los hallazgos y pronto comienzan a sugerirse teorías sobre su origen: Schmidt (1915) es el primero que lo sitúa en la Península Ibérica, y Bosch Gimpera (1919, 1920) quien lo concreta en el llamado Círculo de las Cuevas del centro y sur de España. Apoyan estas ideas autores como Aberg (1922) y Alberto del Castillo (1922), todo lo cual cristaliza en la síntesis de éste último autor (1928), que da cuenta de los materiales conocidos y expone con detalle lo que constituirá el modelo clásico sobre el campaniforme. Desde su cuna, situada en el grupo andaluz de la Cultura de las Cuevas, se extendería por toda la Península y Europa, como lejano precedente de la expansión del Imperio Español en la Edad Moderna.

Estas ideas tienen su mejor escaparate y definitiva consagración en el primer tomo de la Historia de España, dirigida por R. Menéndez Pidal (1947). Como señala Martínez Navarrete (1989: 312) la investigación subsiguiente se preocupó fundamentalmente de dos asuntos: la determinación de la antigüedad relativa de los Complejos Inciso y Marítimo, y la discusión acerca de si la difusión de las cerámicas campaniformes se debe al desplazamiento de un pueblo, o a una moda o intercambio comercial.

En los años 70 dos obras destacan por su influencia en la investigación posterior: La primera es la síntesis de Harrison (1977), que parte de la crítica al modelo diseñado por Castillo y sigue el esquema dualista de los orígenes del campaniforme propuesto por Sangmeister (1963). Sitúa la cuna de los ejemplares puntillados en el estuario del Tajo portugués a partir de tipos cerámicos calcolíticos de la "cultura de Vila Nova de Sao Pedro", mientras los incisos, así como los objetos de más recurrente asociación con estas cerámicas (brazales de arquero, botones de perforación en V, puñales de lengüeta) tendrían su origen en los grupos húngaros de Vucedol. En cuanto a los mecanismos de difusión este autor muestra una contradictoria mezcla de concepciones teóricas: para el complejo Marítimo defiende una expansión a través de los intercambios y motivada por su papel de elementos de status; mientras para los complejos in-

cisos postula una migración por Europa que deja a su paso, en cada zona, los distintos grupos regionales (ya auténticas "culturas"). Sin embargo sería injusto no reconocer que, por encima de las interpretaciones teóricas, la principal y más duradera aportación de Harrison ha sido su recopilación de datos, pues no en vano aún constituye la mejor fuente de información para cualquier trabajo que sobre campaniforme se elabore en la Península.

El segundo trabajo relevante es el de G. Delibes (1977) sobre el campaniforme en la meseta norte, también basado en presupuestos teóricos tradicionales, pero con una recopilación y estudio exhaustivos de toda la información existente, de consulta todavía imprescindible. En los últimos años las grandes síntesis han dejado paso a los trabajos de índole regional en Galicia, Levante, Sureste, etc. (Criado y Vázquez 1982; Bernabeu 1984, ...), algunos de los cuales han incorporado ya de forma explícita los nuevos enfoques teóricos al estudio del campaniforme peninsular, para dar cuenta de una información cada vez más rica y variada.

4. HISTORIA DE LOS HALLAZGOS EN LA MESETA SUR

El hallazgo madrileño de Ciempozuelos (1894) y los toledanos de La Golilleja (1895) y Burujón (1906), marcan el comienzo de una larga historia de descubrimientos en la zona. El autor que da cuenta de estos primeros hallazgos es Alberto del Castillo (1922, 1928), dentro de su interpretación global del campaniforme europeo, incluyéndolos en el llamado por él Grupo Toledano o de la Meseta inferior, que era el primero creado por el Vaso Campaniforme en su expansión desde el hogar andaluz de origen hacia el norte. Posteriores hallazgos van siendo publicados e interpretados dentro de este marco teórico por otros autores como Pérez de Barradas (1929, 1933-35, 1941, etc.), el Marqués de Loriana (1942) en Madrid, Jiménez de Gregorio (1947) en Toledo, Estavillo (1950) en Ciudad Real, etc. Harrison (1977: 55-67), en su síntesis peninsular, reúne toda la información conocida hasta el momento y dedica un amplio apartado interpretativo a la meseta, donde defiende el carácter intrusivo y foráneo de ambos complejos: El marítimo de corta vida y escasa presencia, y el Ciempozuelos de mayor entidad y nítida procedencia centroeuropea. Es cierto que manifiesta sus reservas sobre el origen externo de las cerámicas de estilo Ciempozuelos, cuyos rasgos esenciales son exclusivamente locales, lo cual, sin embargo, no le lleva a rechazar en última instancia esta hipótesis. Tras la te-

sis de Harrison de nuevo los trabajos recopilatorios presiden el panorama, si bien sólo en la región madrileña, donde M^a.C. Priego y S. Quero (1977, 1978, etc.), dan cuenta de los continuos hallazgos que los areneros próximos a Madrid deparan, entre los que destaca de forma especial sus excavaciones en el poblado de El Ventorro, cuya publicación definitiva es muy posterior (1992).

En los años 80 la meseta sur proporciona como aportaciones más interesantes:

J.M. Rojas Rodríguez-Malo presenta un amplio catálogo, aún inédito, de nuevos hallazgos en Toledo (1984), y en un trabajo posterior (1988) intenta abordar la cuestión desde el análisis de la orientación económica de los poblados con campaniforme, lo cual supone una novedad respecto al panorama de la investigación anterior en la zona, en consonancia con las nuevas ideas que comienzan a llegar en este momento a la Prehistoria española.

Los trabajos del equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, dirigido por J. Sánchez Meseguer (Sánchez Meseguer *et al.* 1983) sobre el Neolítico y E. Bronce madrileños, aportan una gran recopilación de datos, incluyendo los campaniformes, que son interpretados desde presupuestos plenamente tradicionales. Muy distinta es la aportación de M^a.I. Martínez Navarrete (1984, 1989), que realiza una excelente revisión de los fundamentos teóricos de la Prehistoria española, especialmente referida a la Edad del Bronce, donde se dedica al campaniforme una de las mejores síntesis críticas publicadas hasta el momento (*idem*: 298-337). A finales de la década de los 80 y comienzos de la siguiente, una serie de trabajos presentan nuevos datos en la zona (Blasco *et al.* 1988-9, 1991; Macarro y Silva 1989, etc.), entre los que destaca por su importancia dos trabajos sobre el área madrileña: la publicación de la memoria definitiva del poblado de El Ventorro (Priego y Quero 1992), y la reciente monografía publicada con motivo del centenario del hallazgo de Ciempozuelos (Blasco 1994).

5. ALTERNATIVAS ACTUALES EN LA INVESTIGACIÓN

5.1. Una revisión crítica de los enfoques tradicionales

El campaniforme ha sido uno de los mejores ejemplos de la aplicación del enfoque histórico-cultural en la arqueología europea (Martínez Navarrete 1989: 300), que dominó por completo los estudios en toda Europa hasta los años 70, a raíz de los trabajos

de Clarke (1976). En la Península Ibérica, no obstante, y dentro de ella la meseta sur, ha perdurado hasta fechas recientes, como consecuencia del aislamiento epistemológico característico de la Prehistoria española (Hernando 1992: 19). Como señalan diversos autores (Trigger 1992: capítulo 5; Hernando 1992), este enfoque tiene su origen en la crisis del Evolucionismo, a finales del siglo pasado, con la sustitución del esquema evolucionista de “estadios” por el de “áreas o círculos culturales” de la concepción idealista de la escuela Histórico-Cultural alemana. Según él la secuencia básica de desarrollo cultural sólo se había producido una vez, transmitiéndose a los demás territorios por difusión. Como señala Martínez Navarrete (1989: 61-63), uno de los rasgos definidores de este enfoque es el concepto normativo de la cultura, que ve a ésta como un cuerpo de ideas, valores y creencias compartidas: las “normas” de un grupo humano, transmitidas a través del tiempo y el espacio, por aprendizaje o difusión. Una serie de tipos de artefactos (en nuestro caso los campaniformes) se entienden como el agregado de la totalidad de la cultura, o al menos un reflejo de él. Las diferencias y semejanzas se expresan en términos de relaciones culturales, entre las que encuentran éxito las explicaciones migracionistas (p.e. el Pueblo Campaniforme); a partir de la idea según la cual hay un centro cultural donde, por razones no especificadas, los niveles de innovación exceden los de áreas limítrofes (Andalucía en el caso del campaniforme, según las tesis tradicionales de Bosch y Castillo), hacia las que se difunden (*idem*: 64).

No podemos dejar de insistir, por su constante presencia en los estudios pasados y presentes, en la perniciosa influencia ejercida por la aplicación del concepto de cultura arqueológica al campaniforme, tanto por su manifiesta inadecuación a las características arqueológicas del mismo (elementos minoritarios en los repertorios materiales de los yacimientos), como por su inevitable lectura étnica, recientemente criticada por autores como Shennan (1989: 6). Sólo la sistemática segregación de estos objetos de su contexto social, económico, funcional, etc. permitió construir una “cultura campaniforme”, completamente artificial.

Por ello, desde estos presupuestos, las preocupaciones tradicionales giraban en torno a las preguntas sobre el cómo, cuándo y dónde había surgido la “cultura” campaniforme, por lo que la investigación se dirigió a la búsqueda de sus orígenes geográficos y cronológicos, y las rutas por las que se difundió. Sin embargo la pregunta acerca del por qué interesó poco, siendo soslayada con brevedad, a través de vagas referencias a un pueblo nómada viajero,

guerrero, o a unos artesanos itinerantes, cuando no directamente obviada. No menos característico fue el abuso que en su día los investigadores hicieron del enfoque paneuropeo, y que proporcionó una imagen monolítica del campaniforme, como un problema con una única e idéntica solución para toda Europa. Los estudios locales y regionales se encargaron de desmentirlo, a medida que el acopio de información crecía y mostraba un panorama más variado y complejo. No obstante, la crítica al enfoque tradicional ha llevado a la investigación reciente (Martínez Navarrete 1989: 335-337) a suponer que una vez modificada la perspectiva de estudio desde el ámbito europeo general a la escala local y regional, integrado como un elemento más en los procesos de cambio cultural, desaparece ya la “cuestión campaniforme”. Nadie duda de que ésta es la perspectiva más correcta, pero tampoco parece recomendable olvidar que son los intercambios los que explican la expansión de estos elementos, en lo fundamental comunes a toda el área de dispersión del mismo; por lo que no conviene abandonar en última instancia una perspectiva más amplia de la estrictamente local o regional.

5.2. Modelo teórico

La concepción teórica clásica no fue sometida a crítica hasta los años 70, cuando Clarke (1976) intentó proporcionar una visión alternativa, que incide en la importancia del debate teórico como punto clave para la aclaración del problema, más que en la acumulación de datos nuevos o cronologías más detalladas, que, aunque necesarias, no son suficientes, y que sin un cambio en el marco teórico no hacen otra cosa que incorporarse a los esquemas tradicionales, en un círculo vicioso de difícil salida. Como señala este autor, la clave está en reorientar la investigación hacia la formulación de modelos sobre la conducta económico-social implicada en la manufactura, distribución, uso y deposición de todo el conjunto cerámico y sus artefactos, sitios y contextos asociados. En suma volver a la olvidada pregunta del por qué, y considerando, en primer lugar, que las cerámicas campaniformes no son vulgares recipientes domésticos sino elementos de lujo —lo que se deduce de las horas de trabajo invertidas en producirlos— que son intercambiados entre los distintos grupos “...por razones sociales que implican alianzas personales, prestigio, simbolización de status y conducta de exhibición...” (*idem*: 467).

Este trabajo define lo que está siendo la concepción actual del fenómeno campaniforme en Europa, incorporada a las últimas síntesis (Martínez Navarrete 1989: 304); sin embargo en la meseta sur aún

no ha sido plenamente desarrollada, y de ella nacen nuestros intentos de ofrecer una visión renovada de este complejo problema (Garrido 1994a para el caso madrileño; 1994b).

Si partimos entonces de la consideración según la cual los objetos campaniformes son elementos de prestigio, que se explican en un determinado contexto socioeconómico que los demanda, no parece arriesgado suponer que este escenario social estuviese asistiendo al surgimiento de diferencias sociales, aún incipientes y no consolidadas. El registro arqueológico de la meseta, a diferencia del conocido en otras áreas peninsulares coetáneas como el sureste o el estuario del Tajo, no permite pensar en sociedades complejas con diferencias sociales institucionalizadas, lo que ha llevado a diversos autores a hablar de sociedades igualitarias y perduración de una economía de tipo "neolítico" (Muñoz 1993; Rovira y Montero 1994: 169-171). En el interior peninsular este proceso parece mucho más lento y con manifestaciones menos espectaculares, sobre todo en los yacimientos de hábitat, y hunde sus raíces en la crisis del orden social neolítico de linajes o clanes, como consecuencia de complejos cambios económicos (Thomas 1987; Vicent 1989), entre los que no debemos olvidar la "revolución de los productos derivados" propuesta por Sherratt (1981), que modifica las relaciones de producción, cuando ciertas familias o individuos intentasen imponerse al resto desde una base económica más destacada, fruto quizá del reclutamiento de una mayor cantidad de fuerza de trabajo (Webster 1990). ¿Cuál sería el origen y basamento de ese incipiente poder? Es éste un asunto crucial en el estudio de la Edad del Bronce en toda Europa, que desborda con creces las limitaciones de este trabajo, por lo que me limitaré a manifestar mi adhesión a las posturas materialistas, bien representadas en los trabajos de Gilman (1981). Frente a las funcionalistas, éstas defienden que el surgimiento de las diferencias sociales, lejos de ser un rasgo adaptativo, y por ello inevitable en determinados contextos medioambientales, es el resultado de la actividad de ciertos individuos o familias que buscan el propio beneficio o interés, no el de la comunidad. Su poder se fundamenta, no en el control de los intercambios ni en su capacidad gestora, sino en la producción. Desde este punto de vista, las incipientes élites meseteñas habrían logrado incrementar, quizá a través de la manipulación oportunista de las estrategias matrimoniales (Rowlands 1980), bien la cantidad de fuerza de trabajo (Webster 1990) bien la de tierra o ganado (Ruiz Gálvez 1992b), y con ello el excedente de producción.

Ahí radicaría, entonces, la base de su poder,

aún incipiente y vulnerable al no estar institucionalizado, pues otros podían lograrlo por los mismos medios. En este contexto social inestable, las élites debían pugnar constantemente por dotar de legitimidad a sus privilegios, por diversos medios entre los que se encontraría el control de los bienes de prestigio campaniformes, que servirían a tal fin distinguiendo a sus consumidores del resto del grupo. De hecho así se han interpretado en otras partes de Europa las tan frecuentes "intrusiones" campaniformes en los megalitos, que cada vez se documentan con mayor importancia en la meseta (Delibes y Santonja 1987), como otra forma más de dotar de legitimidad al poder incipiente de las élites. Con la desaparición del viejo orden social carece de sentido la construcción de los monumentos megalíticos, pero aún perviven estas grandes construcciones, destacadas en el paisaje, como potentes símbolos ideológicos, fácilmente manipulables a estos efectos por parte de aquellos individuos que intentan reforzar su prestigio social aún inestable, con la sanción de unos antepasados míticos, y en cierta forma del orden social precedente, dentro y a partir del cual edificaron su poder (Thorpe y Richards 1984).

Esta red de intercambios no es pionera, pues cuenta con claros precedentes en los momentos anteriores, sobre todo el Calcolítico precampaniforme, con ejemplos como el ídolo oculado que se halló en la cueva madrileña de Juan Barbero en Tielmes, prácticamente idéntico a los bien documentados en el Sureste (Martínez Navarrete 1984).

Por las mismas razones antes esgrimidas, su desaparición debe ser relacionada con la de un orden socioeconómico que justificaba su existencia y que parece derivar hacia la institucionalización de las diferencias sociales (Díaz-Andreu 1991). Este proceso no es súbito ni sincrónico en todas las regiones, como tampoco lo es la desaparición del campaniforme, que dejará, no obstante, profundas huellas en épocas posteriores, no sólo en la cultura material (por ejemplo en las armas metálicas y decoraciones cerámicas), sino sobre todo en el proceso de cambio social y posteriores circuitos de elementos de prestigio o estilos de élite, con la perduración incluso de algunos de los símbolos de status como los brazales de arquero y los botones de perforación en V, bien documentados en los ajuares funerarios de los grupos del Bronce pleno. La red de intercambios campaniforme debe ser entendida no en el sentido moderno y actualista del término, tras el cual hay implícita la búsqueda del beneficio económico (escuela formalista en economía política), sino más bien dentro de la esfera social. Como señala Ruiz Gálvez (1992a: 18) "*el objeto de las relaciones a larga distancia fue comprar, no ven-*

der, y no objetos o alimentos de primera necesidad, sino materias primas u objetos exóticos valorados no tanto por su cantidad, sino por su procedencia lejana, y empleados y manipulados en el ámbito de las relaciones sociales: creación, sustentación o ampliación del poder; pactos de amistad con regiones vecinas mediante el establecimiento de relaciones de parentesco real o ficticio; rivalidad y competición en la esfera del poder, etc...”

Uno de los aspectos más característicos del funcionamiento interno de este tipo de redes de intercambios, sobre todo en contextos sociales inestables y en plena mudanza, es el de la emulación, según el cual individuos de rango social inferior a quienes detentan el privilegio de consumir estos preciados objetos, en su afán por alcanzar su status, y de forma paralela al incremento de su base económica, adquieren imitaciones de estos elementos de prestigio. Quizás este hecho pudiese explicar las ostensibles diferencias que pueden observarse en la calidad de fabricación y acabado de las cerámicas campaniformes entre yacimientos o incluso dentro de uno mismo (p. e. El Ventorro).

En suma, todo el conjunto de objetos que componen el fenómeno campaniforme formarían un complejo ritual de élite (Burgess y Shennan 1976: 311), que les permitiría distinguirse eficazmente del resto de miembros del grupo, y competir con los vecinos. Cada elemento aportaría matices distintos:

— Las cerámicas: vinculadas desde antiguo (p.e. Castillo 1947: 607) con el consumo de algún tipo de bebida, probablemente alcohólica, algunos hallazgos como el de Ashgrove y las aportaciones recientes de autores como Sherratt (1987) o Dietler (1990) han servido para replantear de nuevo la cuestión. Estos últimos autores, además, han destacado la importancia del alcohol en el ámbito de las relaciones sociales, en particular aquéllas que tienen que ver con la sustentación y lucha por el poder en sociedades carentes de instituciones políticas, mediante la creación de un cuerpo de seguidores, a través de instituciones como la hospitalidad o las fiestas del trabajo. Por ello, y a falta de pruebas arqueológicas concluyentes, parece interesante retener como hipótesis de trabajo que las cerámicas campaniformes sirviesen de digno receptáculo a algún tipo de bebida alcohólica, si no como función exclusiva sí como una de las más importantes. Desde este punto de vista, en la meseta quizá asistamos a la generalización de una versión particular de este posible ritual relacionado con la bebida en la recurrente presencia de los tres recipientes típicos de los enterramientos Ciempozuelos (vaso, cuenco y cazuela), por no citar el llamativo pie de copa con decoración campaniforme hallado en El Ven-

torro (Priego y Quero 1992: figura 119-nº23038).

— Los elementos metálicos: los adornos y joyas de oro en el plano de la ostentación, y las armas (puñales, puntas de lanza, alabardas), junto a ello, como clara expresión física del monopolio de la coerción y la violencia.

— Los brazales de arquero: tradicionalmente se ha atribuido esta función a algunas placas rectangulares de piedra, de recurrente aparición en contextos campaniformes, sobre todo funerarios (en la tumba vallsolletana de Fuente Olmedo además junto a una punta de flecha de sílex, Martín Valls y Delibes 1974: 62-8 y figura 26). Siguiendo la interpretación más extendida, irían sujetas al antebrazo por su parte interna para amortiguar el impacto de la cuerda del arco al tirar con él. Algunos autores han dudado de la funcionalidad real de estas placas como brazales, y se han inclinado más por considerarlas réplicas rituales de los auténticos ejemplares en cuero (Cornaggia Castiglioni 1962, citado en Delibes 1977: 120; Case 1987: 119-120). Si se acepta, por tanto, esta interpretación, pueden ser asociados tanto con una práctica ritualizada del tiro con arco, que distinguiría a la élite del resto de la población, como, al igual que las armas, con la expresión física de la coerción.

— Los botones de perforación en “V”: encuentran su auténtico papel en el plano de la ostentación, como objetos de adorno personal. Algunos ejemplares, al parecer de marfil (por ejemplo en el poblado de El Castellón; Espadas *et al.* 1987: 56-57 y figura 11:9), nos indican claramente que, al menos en ocasiones, circulaban a grandes distancias, como objetos de prestigio cuya procedencia lejana y materia prima exótica servirían de inestimable ayuda a quienes los portasen en su deseo de distinguirse del resto de la comunidad. Tampoco es descartable, aunque obviamente no existan pruebas arqueológicas, su posible vinculación a algún tipo de vestimentas especiales, en las que, desde hace años, varios autores han querido ver el origen de las complejas decoraciones que exornan las cerámicas campaniformes. Ciertos hallazgos funerarios europeos aportan alguna pista, como por ejemplo la tumba 16 de Lysolaje, en Bohemia (Harrison 1980: figura 34 izquierda) donde se observa una concentración espacial de botones en torno a la zona del tórax del individuo enterrado, que podrían indicar la presencia de una prenda de vestir que cubriría esa zona del cuerpo.

A este modelo general es preciso añadir los matices que aporta el registro arqueológico, el más importante de los cuales se refiere a la mayor o menor abundancia de materiales campaniformes en los poblados, tradicionalmente salvada con la distinción entre yacimientos “culturalmente” campaniformes y

yacimientos con este tipo de cerámica (Delibes 1978: 83). Dentro del modelo que proponemos, y a falta de los oportunos análisis de pastas cerámicas que identifiquen su procedencia, estas diferencias podrían explicarse tanto por los distintos grados de complejidad social, como por los diferentes papeles que desempeñasen unos y otros lugares de hábitat en el circuito de prestigio, con una mayor inclinación hacia la producción o el consumo de estos elementos, en función de sus propias características (estructura social, economía, ubicación respecto a las principales vías naturales de comunicación, etc.).

6. LA INFORMACIÓN DISPONIBLE

6.1. Los yacimientos

La distribución de los 181 hallazgos campaniformes de la meseta sur muestra una gran concentración en el sector central de la cuenca del Tajo, provincias de Madrid (103) y Toledo (41), en contraste con los 19 de Guadalajara y los 16 de Ciudad Real; y grandes vacíos como la provincia de Albacete, o la de Cuenca con dos hallazgos tan sólo (figura 1). Este patrón tan desequilibrado es achacable, en principio, a la diferente intensidad de las investigaciones en cada zona, ejemplo de lo cual sería el caso de la región madrileña con un 56,9 % del total de hallazgos de la meseta sur (Garrido 1994a).

Los elementos campaniformes aparecen en dos tipos de contextos, hábitats y lugares funerarios³. Las características de buena parte de los hallazgos (antiguos, en prospección, etc.) hacen a menudo imposible la identificación de ese contexto, por lo que son considerados indeterminados.

6.1.1. Los poblados

Se han podido identificar 80 lugares de hábitat con materiales campaniformes, sin embargo la información que proporcionan es bastante escasa, pues a las dificultades que plantean de por sí los "fondos de cabaña" (Martínez Navarrete 1979, 1987: 60-61; Garrido 1994a: 74), se suman las circunstancias de la mayoría de los hallazgos. Tanto los antiguos como los recientes son, en su inmensa mayoría, fruto de prospecciones superficiales, pues sólo 12 de ellos han sido excavados, con resultados muy desiguales: varios se encontraban ya destruidos, como Fuente Amarga en Pantoja, Toledo (Revuelta 1980) o el Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara (Balbín *et al.* 1989); otros apenas ofrecieron uno o varios "fondos" aislados o parte de una cabaña, como El Perical en Alcolea de las Peñas, Guadalajara (Cerdeño 1973)

o la Fábrica de Ladrillos de PRERESA en Getafe (Blasco *et al.* 1991); y finalmente algunos permanecen aún inéditos, como el Cerro del Bu en Toledo (Álvaro y Pereira 1990) o el Castellón en Villanueva de los Infantes, Ciudad Real (Espadas *et al.* 1987). Por ello constituye una excepción el poblado madrileño de El Ventorro, recientemente publicado (Priego y Quero 1992), pues ha proporcionado una amplia planta de 23 "fondos" y 3 cabañas, donde se puede observar la distribución espacial de sus más de 200 recipientes campaniformes y sus interesantes testimonios metalúrgicos, además de dataciones radiométricas, una supuesta estratigrafía con una fase pre-campaniforme también, así como datos faunísticos y polínicos.

6.1.2. La evidencia funeraria

Sólo 26 yacimientos (figura 1) han podido ser identificados como tales, y además se trata casi siempre de hallazgos casuales, muchas veces antiguos, por lo que la información que ofrecen es lamentablemente exigua. Únicamente en 10 de ellos los materiales campaniformes se encontraron asociados con seguridad a restos humanos, la gran mayoría en la región madrileña (Garrido 1994a: 74-76), siendo el resto identificados sólo a partir del tipo de materiales recogidos (p.e. vasos completos). Muchos son hallazgos antiguos, como Ciempozuelos (Riaño *et al.* 1894) o Miguel Ruiz (Marqués de Loriania 1942) en Madrid; otros son confusos por esta razón y por el estado en que se encontraron, como La Aldehuela en Getafe (Harrison 1977: yacimiento nº198) o la Cueva de los Casares en Guadalajara (Barandiarán 1973). Sólo los dos hallazgos recientes del Arenero de Soto y de Juan Francisco Sánchez en Getafe, Madrid (Blasco *et al.* 1994: 87-99) escapan a estas circunstancias, que han hecho que conozcamos muy mal sus características fundamentales:

— Las estructuras: contamos con reutilizaciones de sepulcros megalíticos en cuatro casos, tres en Toledo (dólmenes de Azután, Estrella y Navalcán; Bueno 1990, 1991) y uno en Madrid, dolmen de Entretérminos (Marqués de Loriania 1942); tumbas de fosa en la necrópolis de Ciempozuelos y Miguel Ruiz en Madrid, o Calaña en Toledo (Rojas 1984: 13-18), que no sabemos si contaban con algún tipo de estructura señalizadora (túmulo o enlosado de piedras) como la documentada en los recientes hallazgos antes mencionados. Finalmente hay casos confusos donde la identificación realizada por sus descubridores ofrece dudas, como en la tumba excavada en la roca de la necrópolis de Ciempozuelos (Riaño *et al.* 1894) o las "tumbas artificiales subterráneas (silos)" de Yuncos en Toledo (Ruiz 1975).

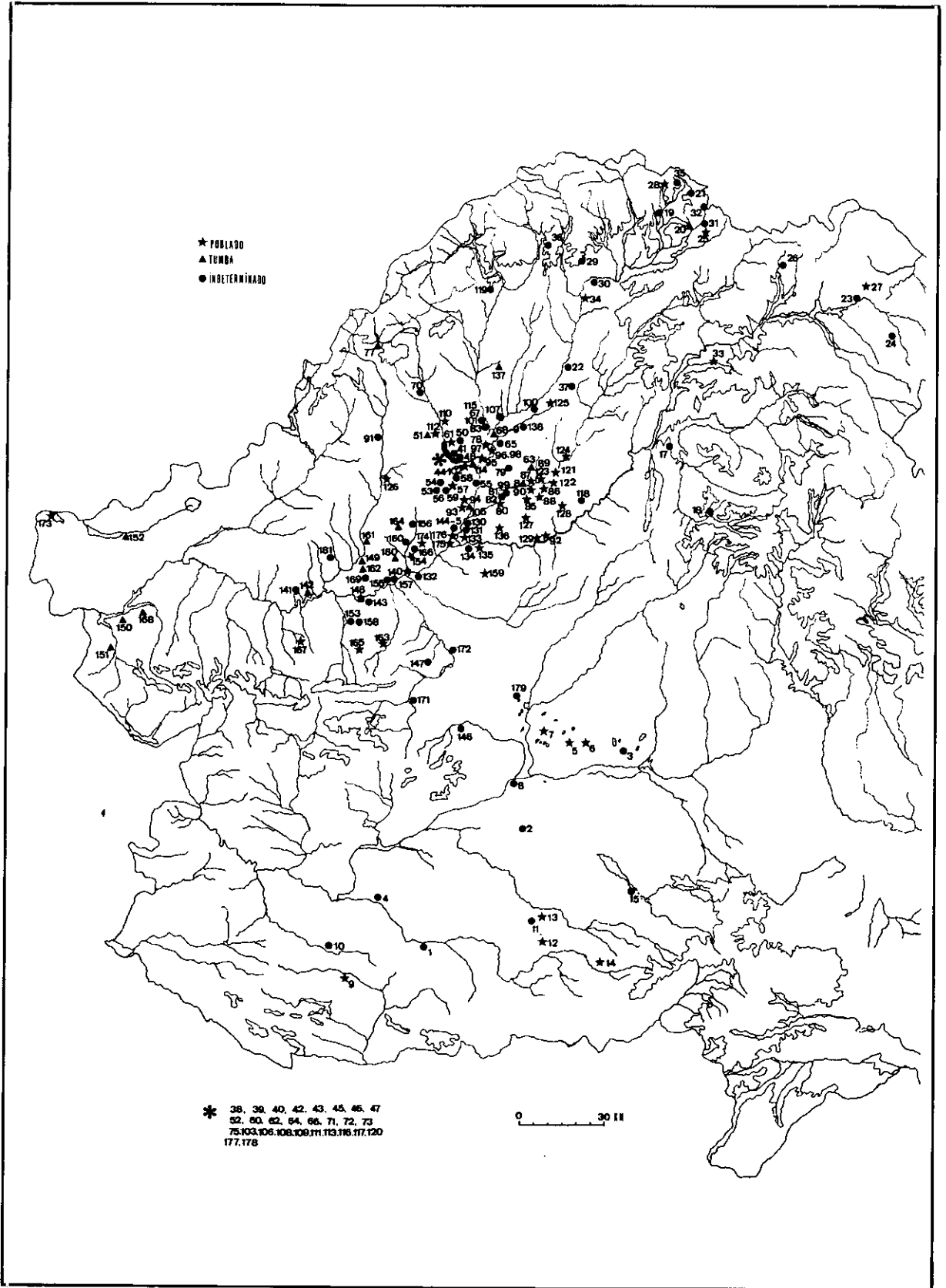


Figura 1.- Mapa de distribución de hallazgos campaniformes en la Meseta sur.

Figura 1 (cont.).- CIUDAD REAL: Motilla de los Romeros (Alcázar de San Juan): 2; Piédrola I y III (Alcázar de San Juan): 7; Laguna de Argamasilla de Calatrava: 10; El Pico (Campo de Criptana): 5; El Real (Campo de Criptana): 6; Ciruela (Ciudad Real): 4; Ciudad Real: 16; Oretum (Granátula de Calatrava): 1; Arenero (Herencia): 8; Lagunas de Ruidera: 15; Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz): 3; El Castillejo (Puerto Llano): 9; El Castillejo (San Carlos del Valle): 12; Pardo/Moledores (San Carlos del Valle): 13; Serijo (San Carlos del Valle): 11; El Castellón (Villanueva de los Infantes): 14. CUENCA: Buendía: 17; Cerro del Otero (Caracena): 18. GUADALAJARA: La Muela (Alarilla): 34; El Perical (Alcolea de las Peñas): 28; La Loma del Lomo (Cogolludo): 29; Cerro del Castillo (Chiloeches): 37; Pico Buitre (Espinosa de Henares): 30; Dehesa de Valdeapa (Guadalajara): 22; Molina de Aragón: 23; Cueva Harzal (Olmedillas): 32; Cueva de los Casares (Riba de Saelices): 26; Cerro del Castillo (Riba de Santiuste): 21; Abrigo del Llano (Rillo de Gallo): 27; Alto del Castro (Riosalido): 19; Barbatona (Sigüenza): 25; Cerro de la Cantera (Sigüenza): 20; La Lastra (Sigüenza): 31; Tamajón: 36; Cueva de la ¿Morandilla? (Tordelrábano): 35; Torrecuadrada: 24; Tetas de Viana (Viana de Mondéjar): 33. MADRID: Cerro del Ecce Homo (Alcalá de Henares): 100; Algete: 137; Las Monjas (Ambite): 124; Aranjuez: 74; Arroyo de la Cárcava Chica (Aranjuez): 133; Camino de las Cárcavas/Las Calderas (Aranjuez): 131; Casa de la Monta (Aranjuez): 135; Castillejo (Aranjuez): 132; Las Esperillas (Aranjuez): 130; Valdeascasas (Aranjuez): 134; Arganda: 79; Carretera a Cotorredondo (Arroyomolinos): 126; El Calvario (Belmonte de Tajo): 127; Camino de Tielmes (Carabaña): 121; Santa Ana (Carabaña): 122; Valdecarabaña (Carabaña): 123; Ciempozuelos: 105; El Seis (Colmenar de Oreja): 136; Dolmen de Entretérminos (Collado Mediano): 77; Barranco de la Peña del Agua (Chinchón): 80; Cañada de las Matas (Chinchón): 81; Himojera (Chinchón): 82; Cueva de Pedro Fernández (Estremera): 118; La Aldehuela (Getafe): 114; Arenero del Camino de la Yesera/Francisco Coraliza (Getafe): 52; Arenero de Perales del Río (Getafe): 60; Arenero de Soto I (Getafe): 66; Arenero de Soto II (Getafe): 103; Arenero de Soto/Km 9'500 (Getafe): 117; Arroyo Butarque (¿Getafe?): 116; Juan Francisco Sánchez (Getafe): 177; Fábrica de Ladrillos de PRERESA (Getafe): 102; Poste de la Luz (Getafe): 178; Arenero de Benito Peña (Madrid): 38; Arenero de la Casa del Cerro/Cerro de la Ermita (Madrid): 49; Arenero de Constantino del Río (Madrid): 45; Arenero de los Llanos (Madrid): 46; Arenero de Martínez (Madrid): 43; Arenero de Miguel Ruiz (Madrid): 64; Arenero de Pedro Jaro I (Madrid): 39; Arenero de Pedro Jaro II/Delfín (Madrid): 40; Arenero del Quemadero/Depuradora del Manzanares (Madrid): 47; Arenero de Salvador Praena (Madrid): 113; Arenero de Santiago (Madrid): 42; Arenero de Soto III/Nicomedes (Madrid): 73; Arenero de Valdemorillo (Madrid): 104; Arenero de los Vascos (Madrid): 106; c/Goya nº3 (Madrid): 110; Las Carolinas (Madrid): 109; Cementerio de San Isidro (Madrid): 51; Cerro de San Antonio (Madrid): 78; Cerro del Tomillo (Madrid): 111; Colonia del Conde de Vellellano (Madrid): 112; Cueva de la Bruja (Madrid): 48; Fábrica de Euskalduna (Madrid): 62; Finca de La Capona (Madrid): 75; Loma de Chiclana (Madrid): 61; Santa Catalina (Madrid): 41; Arenero del Tejar de Pedro Ugarte (Madrid): 71; Tejar del Portazgo (Madrid): 72; Tejar del Sastre (Madrid): 108; Vallecas (Madrid): 50; El Ventorro (Madrid): 120; Mejorada del Campo I: 68; Mejorada del Campo II: 69; Morata de Tajuña: 99; Cerro de la Hermana Chica (El Pardo): 70; Cueva del Sifón (Patones): 119; Las Canteras (Perales de Tajuña): 84; La Veguilla (Perales de Tajuña): 85; Arroyo Culebro (Pinto): 58; El Ayudén (Pinto): 54; Cerro Basura (Pinto): 57; Los Molinos (Pinto): 53; Pista de Motocross (Pinto): 59; Urbanización de Buenos Aires (Pinto): 56; Arenero de Salmedina/Arriaga (Rivas-Vaciamadrid): 44; Casa de los Conejos (Rivas Vaciamadrid): 95; El Piul (Rivas Vaciamadrid): 96; Santa Ana (Rivas Vaciamadrid): 97; Vertederos (Rivas Vaciamadrid): 98; Granja Paloma (San Fernando de Henares): 115; San Fernando de Henares I: 101; San Fernando de Henares II: 83; San Fernando del Jarama: 67; Górcuez de Arriba (San Martín de la Vega): 55; El Tejar (Los Santos de la Humosa): 125; El Cecado (Tielmes): 87; Cuesta del Arenal (Tielmes): 90; Las Dehesas (Tielmes): 86; Fuente Salobre/Valhondo (Tielmes): 89; Valdecañas (Tielmes): 88; Torrejón de Ardoz: 107; La Mariblanca (Torres de la Alameda): 138; Camino de Tiverilla (Valdemoro): 93; El Espartal (Valdemoro): 94; Barranco del Conejero (Valdilecha): 63; Valle del Manzanares: 76; Velilla de San Antonio: 65; El Canuto (Villamanrique de Tajo): 92; Cerro de la Cuadrilla (Villarejo de Salvanés): 128; La Matanza (Villarejo de Salvanés): 129; Villaviciosa de Odón: 91. TOLEDO: Cerros de Alameda (Alameda de la Sagra): 174; Calaña (Albarreal de Tajo): 142; Algodor I: 139; Dolmen de Azután: 150; Bargas: 169; La Golilleja (Belvis de la Jara): 168; Las Cuestas (Buruñón): 141; Algodor II (Consuegra): 171; Castillo de Consuegra: 146; Dolmen de la Estrella: 151; La Huerta del Diablo (Gálvez): 167; La Encantada (Layos): 153; Huerta de Palacio (Layos): 158; El Guijo (Mazarambroz): 165; Higuera (Mocedón): 155; Los Hoyos (Mocedón): 157; Castillo de Mora de Toledo: 147; Hontalba (Numancia de la Sagra): 156; Molino de Viento (Ocaña): 159; Cuesta Blanca (Oliás del Rey): 149; Tierra Gorda (Oliás del Rey): 162; Los Molodros (Orgaz): 163; Dolmen de Navalcán (Oropesa): 152; Pantano de Rosarito (Oropesa): 173; Finca de la Paloma (Pantoja): 166; Fuente Amarga (Pantoja): 154; Los Muleteros (Pantoja): 160; El Caño I (Seseña): 144; El Caño II (Seseña): 145; Cerros de la Cantera de la Dehesa Nueva del Rey (Seseña): 176; Dehesa Nueva del Rey I (Seseña): 175; Talavera de la Reina: 170; Algodor III (Tembleque): 172; Campo de Tiro de Granadas (Toledo): 143; Cerro del Bu (Toledo): 148; Laguna de Tirez (Villacañas): 179; Villaluenga de la Sagra: 180; Villamiel: 181; La Bóveda/Aceca (Villaseca de la Sagra): 140; Palomeras (Yuncillos): 161; Los Valladares (Yuncos): 164.

— Disposición y contenido de los ajuares: las circunstancias de la mayoría de hallazgos hacen que podamos conocer sólo el contenido, y con cierta probabilidad, en los casos madrileños de Miguel Ruiz (dos vasos campaniformes puntillados y un puñal de lengüeta de cobre) y una de las tumbas de Ciempozuelos (vaso, cuenco y cazuela incisos, puñalito y lezna de cobre); y ambos aspectos en los recientes descubrimientos madrileños de Juan Francisco Sánchez, con menor precisión, pues sólo el cuenco liso situado junto al abdomen del difunto parece conservarse in situ, mientras el vaso campaniforme marítimo está desplazado (Blasco *et al.* 1994: figura 7); y Arenero de Soto donde se documentaron un vaso campaniforme y un cuenco lisos, éste encima de aquél, situados entre la pelvis y el fémur (*idem*: figura 8).

— Sexo/edad de los enterrados: las excavaciones antiguas no prestaron atención a la recogida cuidadosa

y sistemática de los restos humanos, y no digamos los hallazgos casuales, como consecuencia de lo cual la información disponible es muy deficiente (Garrido 1994a: 75), a excepción nuevamente de los casos recién publicados de Getafe, un varón joven de entre 15 y 20 años en Juan Francisco Sánchez (*idem*: 88) y un varón de entre 20 y 30 años en el Arenero de Soto (*idem*: 94).

Finalmente, y con los datos disponibles, sólo puede decirse que eran tumbas individuales, la mayoría aisladas, pues la única necrópolis segura sigue siendo Ciempozuelos (Riaño *et al.* 1894).

6.2. La cronología

Partiendo de concepciones teóricas dualistas acerca del origen de los estilos incisos y puntillados (Sangmeister 1963; Harrison 1977) y de ciertas evi-

dencias estratigráficas, fundamentalmente las granadinas de Orce (Schüle y Pellicer 1966) y Montefrío (Arribas y Molina 1979), se ha difundido en la investigación la idea de que es posible abordar la seriación de los estilos campaniformes, otorgando una mayor antigüedad a los tipos puntillados y hablando de epicampaniformes o campaniformes tardíos en toda la Península, incluida la meseta (Delibes y Municio 1981). Sin embargo, con la información disponible en la actualidad no parece posible abordar la seriación de los estilos campaniformes, sin caer en apriorismos, y menos aún en nuestra área de estudio (Martínez Navarrete 1984: 73). Así pues, sería preferible acometer la construcción de un marco cronológico edificado no ya con el método tipológico-comparativo, sino con estratigrafías y dataciones radiométricas de contextos arqueológicos intactos. Sólo así podrá mejorarse el registro disponible, que únicamente permite, por ahora, ubicar el fenómeno campaniforme en la región entre dos amplios límites. Por un lado, y como límite inferior, el final de los grupos calcolíticos precampaniformes, encuadrable a grandes rasgos en fechas próximas a la transición entre el tercer y segundo milenio a.c. (sin calibrar). Para este momento sólo existen las dataciones de la primera fase de El Ventorro (Madrid), 2340 ± 250 y 1930 ± 90 a.c. (Priego y Quero 1992). Por otro lado, y como límite superior, podríamos situar los grupos del Bronce pleno, cada vez mejor definidos con los hallazgos de la Loma del Lomo en Guadalajara (Valiente 1987, 1992a) como ejemplo más destacable, y cuyo arranque puede situarse, sin gran precisión, a mediados del segundo milenio a.c. (1500-1400 a.c.). Entre esos límites tan laxos ha de ubicarse su desarrollo, sin apenas dataciones de contextos campaniformes, a excepción de las dos fechas del nivel campaniforme del Cerro del Bu (Toledo), situado en una interesante estratigrafía debajo de un nivel del Bronce pleno: 2020 ± 100 y 1880 ± 100 a.c. (Álvarez y Pereira 1990: 205). Contamos en la meseta norte con alguna datación más de contextos campaniformes, como en las tumbas de Fuente Olmedo (Valladolid), 1670 ± 50 a.c. (Martín Valls y Delibes 1989: 81), y Aldeagordillo (Ávila), 1735 ± 25 a.c. (Fabián 1992), y el hábitat de El Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid), 1700 ± 60 a.c.⁴, por no citar las polémicas de la cueva soriana de Somaén (2780 ± 130 y 2670 ± 130 a.c.) (Barandiarán 1975: 60) que tanta tinta han hecho correr (Delibes 1978: 87-88).

6.3. Patrones económicos

El mencionado dominio de los enfoques tradicionales, que marginó este tipo de aspectos en favor de las cuestiones cronológicas y étnico-culturales,

y la ausencia casi completa de excavaciones sistemáticas en área de poblados, son los responsables directos de la carencia casi total de datos paleoeconómicos, tan importantes para la adecuada comprensión del fenómeno campaniforme. La escasa evidencia disponible procede en su totalidad de las provincias de Madrid y Toledo, y puede agruparse en dos grandes bloques:

6.3.1. La producción

Muy pobre y escasa es la información que tenemos sobre los patrones agrícola-ganaderos. Por un lado, la que aportan los análisis polínicos y faunísticos del poblado de El Ventorro, aún inéditos, pero a los que se refieren Priego y Quero (1992: 370-376) en la memoria de excavación. Los primeros parecen haber documentado la presencia de polen de cereal, mientras los segundos ofrecen una información muy interesante: son precisamente los niveles con campaniforme los más ricos en hallazgos de este tipo, concentrados además en la cabaña 013 (82%), donde también lo hacen la inmensa mayoría de los restos metalúrgicos y campaniformes. La fauna doméstica muestra un claro predominio de los animales adultos, y un incremento porcentual de los cerdos en la fase campaniforme, con lo que ello implica en cuanto al grado de sedentarización (Morales y Liesau 1994: 245). Ello sugiere un aprovechamiento secundario de los animales, que prolonga todo lo posible su edad de sacrificio para obtener de ellos productos como la leche (de ahí quizá la común presencia de "queseras" en yacimientos calcolíticos), lana, y quizá la fuerza de tracción⁵.

Una forma alternativa de suplir la carencia de datos económicos es analizar la ubicación de los poblados con campaniforme respecto a los principales recursos y aprovechamientos, algo que ya intentó hacer Rojas (1988) con los datos de Toledo, distinguiendo tres tipos de asentamientos, según su importancia estratégica y la riqueza agropecuaria de su entorno inmediato, que demuestran la existencia de un patrón de asentamiento con un cierto nivel de complejidad. Aunque en proceso de estudio aún, estamos intentado realizar en determinados sectores de la meseta estudios similares, de los que se ofreció un mínimo anticipo en mi Memoria de Licenciatura (Garrido 1994b: 317-318), sobre una muestra de 115 yacimientos con campaniforme de la cuenca media del Tajo (provincias de Madrid y Toledo) analizando su ubicación respecto a los aprovechamientos actuales de las tierras que ocupan. De ellos 65 (56,22%) lo hacen en terrenos de aprovechamiento agrícola, 28 (24,34%) en ganadero, 21 (19,09%) en improductivo y sólo uno (0,90%) en bosque. Sin olvidar todos los

sesgos y limitaciones que tiene un análisis de este tipo, los resultados obtenidos ofrecen al menos indicios acerca de este probable proceso de intensificación de la producción. No obstante, nunca puede olvidarse que el disponer de tan exiguos datos paleo-económicos sobre periodos tan prolongados, limita seriamente el alcance de las conclusiones.

6.3.2. Los intercambios

Más escasa aún es la información disponible sobre este tipo de aspectos, que depende en gran medida de la elaboración de análisis técnicos de procedencia de materias primas, muy infrecuentes en esta región. En efecto, apenas contamos con unos pocos datos, aunque interesantes, de la región madrileña, con análisis de la procedencia de las rocas con las que se hicieron los instrumentos pulimentados de los yacimientos con campaniforme de Cerro Basura en Pinto (Blasco *et al.* 1988-9: 220-221) y El Ventorro en Madrid (Priego y Quero 1992: 188), que se obtuvieron en la sierra madrileña, concretamente la misma zona de donde provenía el cobre utilizado por estos grupos, en el caso del primero (Rovira 1989; Blasco y Rovira 1992-3; Rovira y Montero 1994); y de regiones incluso más remotas como Sierra Nevada, Galicia o el Norte de Portugal en el caso del segundo.

6.4. La cerámica campaniforme

6.4.1. Características técnicas

El simple examen visual nos muestra que buena parte de las cerámicas campaniformes presentan una serie de cualidades (buen modelado, acabado y ejecución cuidada de la decoración, etc.) que sugieren una notable inversión de energía y tiempo, característica de los productos de lujo. Sin embargo hay otras que reciben un tratamiento mucho menos esmerado, en cuyo caso cabe hablar más bien de recipientes de uso doméstico o almacenaje, cuando sus dimensiones así lo sugieren, y de posibles imitaciones de los recipientes de lujo, a cargo de grupos o individuos no especializados en su fabricación, cuando no es así. No obstante, el mero análisis visual proporciona una información incomparablemente más imperfecta e inexacta que la que nos ofrecen los análisis de pastas, de los que apenas contamos en esta zona con algunos escasos ejemplos del área madrileña, aún tentativos (Millán *et al.* 1991; Millán y Arribas 1994), que tienen los sesgos y limitaciones que suelen presentar este tipo de estudios en la Península Ibérica (desconexión entre los propósitos arqueológicos y los del análisis, muestra inadecuada, interés exclusivo por los aspectos tecnológicos, falta de estu-

dios globales acometidos por equipos multidisciplinares, etc.) (García y Olaetxea 1992: 271-272). Por ello han aportado poco al avance en el conocimiento de las cerámicas campaniformes, sobre todo en los dos puntos básicos que más ayudarían a este fin: la determinación de la procedencia local o foránea, así como las posibles fuentes de aprovisionamiento de las materias primas a nivel regional, para poder profundizar en el conocimiento de las redes de intercambio por las que suponemos circularon; y el estudio detallado de las características técnicas que diferencian o no las cerámicas campaniformes de las lisas en los mismos yacimientos, pero encaminado al estudio de la funcionalidad de unas y otras, a partir de sus diferencias y semejanzas en una serie de propiedades físicas como permeabilidad, conductividad térmica, etc.; algo ya ensayado con éxito en otras partes de Europa, como en el caso del yacimiento de New Grange (Chapman 1987: 68-69).

6.4.2. Formas

a) Vaso Campaniforme

Son recipientes de perfil en S, normalmente de tamaño pequeño/mediano, con borde exvasado (con menor frecuencia ligeramente entrante), panza esférica de perfil variable, entre suave y casi carenado según cada caso; fondo plano o con umbo, tanto plano como marcado (*dished/dimple omphallos*, en terminología de Harrison 1977: 23), y que tienden a la proporción 1:1 entre el diámetro de boca y la altura total (Delibes 1977: 88). Al examinar los recipientes completos disponibles hasta el momento en la meseta, con una muestra de 50 casos estudiados (22 en la meseta sur), no se aprecian, en principio, diferencias morfológicas entre los ejemplares pertenecientes a cada estilo. Salvo tres de ellos mucho mayores, procedentes de contextos domésticos, tienen diámetros de boca entre 9-18 cm. y alturas entre 8-17 cm. Pero la mayor concentración de casos se da entre los 11 y 14,5 cm. de diámetro y los 9,5 y 15 cm. de altura, con 32 ejemplares (65,3 % del total) (figura 2). Es la forma que ha servido para dar nombre a este complejo fenómeno, pues no en vano es la única de todas las campaniformes que está representada en todos los estilos decorativos, y cuya vigencia cronológica, por tanto, nos sugiere un papel seguramente crucial dentro del fenómeno, como elemento básico de referencia a lo largo de varios siglos.

b) Cazuela

Son recipientes sinuosos también, pero mucho más bajos y de boca más amplia, lo que define un perfil más marcado y violento, y que tienden a la proporción 3:1 entre su diámetro de boca y su altura total (Delibes 1977: 88-89). Si se examinan los 21 reci-

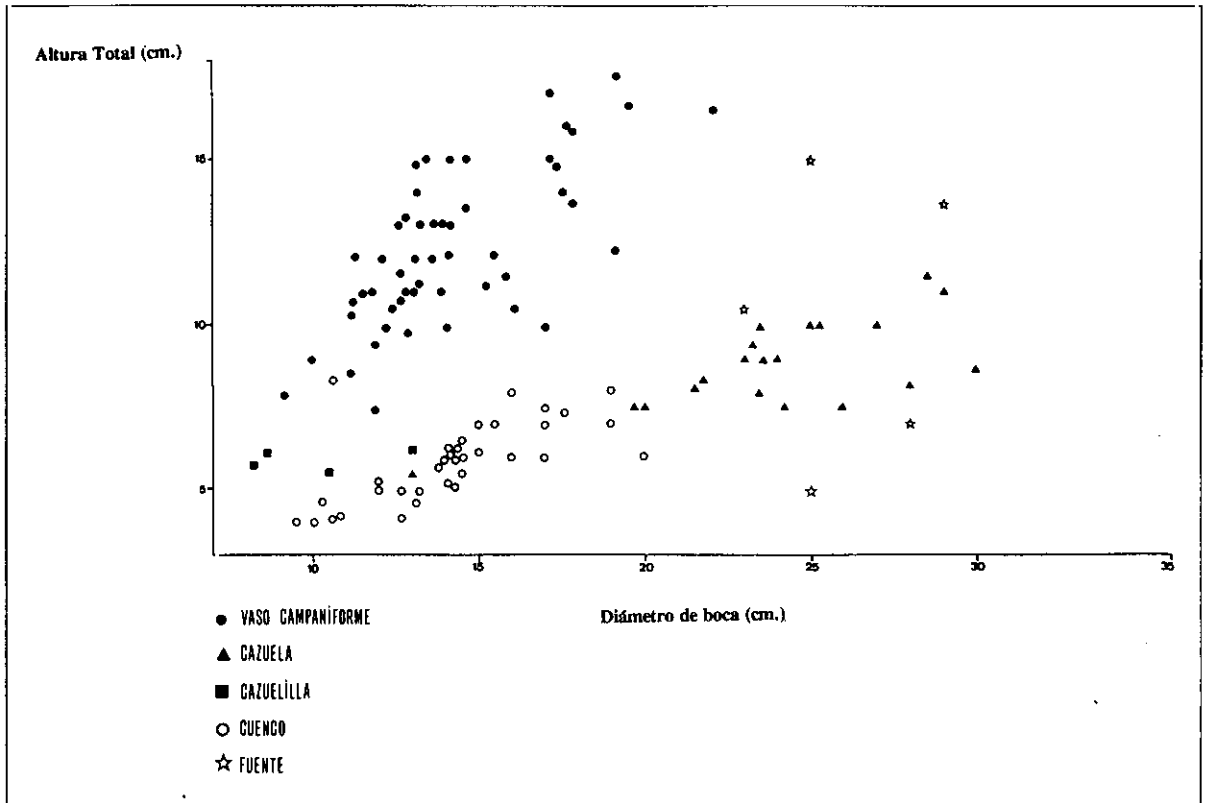


Figura 2.- Diagrama de dispersión de dimensiones de recipientes cerámicos campaniformes completos de la Meseta.

recipientes completos disponibles en la meseta (8 en la meseta sur), todos se comprenden entre los 13 y 36 cm. de diámetro de boca y los 5,5 y 13 cm. de altura, pero si eliminamos los dos casos extremos, 19 de ellos (90% del total) se comprenden entre los 19,5-30 cm. de diámetro y los 7,5-11,5 cm. de altura (figura 2). Sólo se ha podido documentar en los estilos Liso y Ciempozuelos, si bien hay un fragmento del yacimiento toledano de Fuente Amarga (Pantoja), de estilo Puntillado geométrico, que podría pertenecer a una cazuela (Rojas 1984: 110-111 y figura 30: 3).

c) Cuencos

Son tanto cuencos hemisféricos como casquetes esféricos, cuyos labios tienen una orientación muy variada, desde los exvasados a los claramente entrantes. Se han estudiado en la meseta 42 recipientes completos en contextos campaniformes (13 en la meseta sur), a través de cuyas dimensiones es posible distinguir dos tipos básicos (figura 2):

— Cuencos, *sensu stricto*: disponemos de 35 ejemplares completos en la meseta (13 en la meseta sur), cuyas dimensiones se comprenden entre los 9,5-20 cm. de diámetro y los 4-8,5 cm. de altura total. Aunque la mayor concentración de casos se produce entre los 12-16 cm. de diámetro y los 4-7 cm. de altura con 23 ejemplares (54,76% del total).

— Fuentes: se diferencian de los anteriores, sólo por sus mayores dimensiones, y se han podido estudiar hasta el momento 5 ejemplares completos, todos en la meseta norte, aunque se conoce también en la meseta sur, por ejemplo en un fragmento del Cerro de San Antonio en Madrid (Blasco *et al.* 1983: Lámina I). Todos ellos se comprenden entre los 23-29 cm. de diámetro de boca y los 5-15 cm. de altura, y proceden de hábitats, lo que podría explicar las dimensiones de este tipo de recipientes, de funcionalidad presumiblemente doméstica.

Es la forma más simple de todas, presente en los estilos Ciempozuelos, Liso y Puntillado geométrico (por ahora un único caso conocido, el dolmen toledano de La Estrella; Bueno 1990: figura 11; 1991: 70-71 y figura 108:7).

d) Copa

Es un tipo extraordinariamente escaso, ya definido por Harrison (1977: 19), documentado sólo en los complejos Carmona y Palmela, y descrito por este autor como un cuenco con pie desarrollado. En la meseta sólo se conoce un caso, en el poblado madrileño de El Ventorro (Prieggo y Quero 1992: figura 119-nº 23038), que sólo conserva el pie, con decoración incisa en su parte inferior, y parte del arranque de la panza.

e) Cazuelillas

Bajo esta denominación se agrupan toda una serie de ejemplares, hasta ahora olvidados en las grandes síntesis, que no encajan en ninguna de las formas "típicas" del campaniforme, pero que, aunque escasos aún, han podido ser documentados en varios yacimientos. Son recipientes de perfil sinuoso y pequeño tamaño, formados por un cuerpo esférico y un cuello ligeramente exvasado, o incluso recto, que normalmente se distinguen por una especie de rebaje o adelgazamiento en la transición entre ambos. Se conocen ejemplares de este tipo en once yacimientos meseteños (ocho en la meseta sur), en contextos tanto domésticos (cuatro fragmentos inéditos, tres de los Areneros madrileños de Pedro Jaro II; Garrido 1994 b: 149, Camino de la Yesera y Ventorro y otro de Palomeras en Yuncillos, Toledo; Rojas 1984: figura 51: 4; y un tercero del Poste de la Luz en Getafe; Blasco y Recuero 1994: figura 12 b), como funerarios (Arenero de Miguel Ruiz, Harrison 1977: figura 77; Ciempozuelos, Riaño *et al.* 1894: Lámina V; dolmen de Entretérminos, Losada 1976: figura 6; La Golilleja en Belvís de la Jara, Toledo; Rojas 1984: figura 4; y Yuncos en Toledo, Ruiz Fernández 1975: figura 6). Sólo conocemos las dimensiones completas de siete ejemplares, cuatro de ellos muy similares, que son los lisos de Miguel Ruiz, Palomeras y Yuncos, y el Ciempozuelos de Galisancho en Salamanca (Delibes y Santonja 1987: figura 6: nº12), comprendidos entre 8,2 y 10,5 cm. de diámetro de boca, y 5,5 cm. y 6,1 cm. de altura (figura 2). Se dan en todos los estilos, salvo el Marítimo: liso en siete yacimientos (seis en la meseta sur: Entretérminos, Miguel Ruiz, Poste de la Luz, Camino de la Yesera, Yuncos y Palomeras), Ciempozuelos en dos (en el dolmen de Galisancho, Salamanca y en el Ventorro), Puntillado Geométrico en dos (La Tarascona, Delibes y Municipio 1981: figura 1 y otro en la meseta sur, Pedro Jaro II), y mixto inciso-puntillado en uno (La Golilleja).

f) Vasos de almacenaje

Tienen siempre grandes dimensiones, gruesas paredes, mala cocción y acabado, y decoración de tosca factura. En su forma son menos homogéneos (Garrido 1994b: 30-31): los hay de perfil en S (como un vaso inédito del Arenero de Soto III/Nicomedes, Madrid), de cuerpo ovoide, cuello vertical muy desarrollado y borde ligeramente exvasado; o de cuerpo ovoide muy desarrollado, corto cuello vertical o ligeramente exvasado y estrecho fondo plano, que es el tipo más frecuente (por ejemplo los famosos vasos de El Molino de Garray en Soria, Castillo 1928: Lámina XXXIV), etc.

Actualmente se conocen en la meseta 28 yacimientos (13 en la meseta sur), con este tipo de reci-

ipientes, que siempre fueron asociados con exclusividad al estilo Ciempozuelos. Sin embargo existen algunos ejemplares pertenecientes a otros estilos, como el Puntillado geométrico con tres casos meseteños, dos en la meseta sur, en el Arenero de Casa del Cerro en Madrid (Priego y Quero 1977: Lámina III: 2) y Alcolea de las Peñas en Guadalajara (Cerdeño 1978), por desgracia todos fragmentos que no permiten reconstruir la forma en su totalidad.

6.4.3. Estilo

Los estilos decorativos en las cerámicas prehistóricas han sido objeto de atención prioritaria, pero en la Península Ibérica, como en toda Europa hasta fechas recientes, sólo fueron abordados desde el enfoque histórico-cultural, al que preocuparon como fuente de información privilegiada para la definición de grupos culturales y fases cronológicas, cuando no objeto de interpretaciones idealistas que pretenden adentrarse en el contenido simbólico que suponen se esconde tras los motivos decorativos, como si se tratase de jeroglíficos por descifrar, práctica que cuenta con ejemplos recientes (Priego y Quero 1992: 380-381). Sin embargo son abundantes los métodos y enfoques alternativos que está ofreciendo la investigación actual (Washburn 1983; Shanks y Tilley 1987, etc.).

a) Las cerámicas de Tipo "Dornajos"

Este tipo de cerámicas decoradas son conocidas para la investigación desde las excavaciones en el yacimiento epónimo de Los Dornajos (Galán y Fernández 1978-9; Galán y Poyatos 1982-3); hasta entonces los escasos fragmentos cerámicos descubiertos habían sido clasificados como campaniformes (p. e. Harrison 1977: figura 75 nº1366a y yacimiento nº 206 fragmentos nº1471-2). Con el tiempo han ido apareciendo diversos trabajos (Poyato y Galán 1988; Zulueta 1988; Galán 1989; Martínez 1988) y algunos hallazgos recientes (Martínez y Valiente 1990): sin embargo la cuestión ofrece aún muchos interrogantes. Ni en su misma ubicación cronológica hay acuerdo, pues algunos autores las sitúan en el Bronce medio a partir de ciertas dataciones radiocarbónicas (Galán y Fernández 1982-3: 42-44), si bien estas mismas autoras admiten como posible un comienzo en etapas anteriores, del Bronce inicial (*ibid.*, 46-48). La misma datación que defiende con argumentos buenos, pero no definitivos, Díaz-Andreu (1991: 562-572), que las considera coetáneas del Ciempozuelos. Si aceptamos esta cronología cabe entonces preguntarse si se trata, en definitiva, de un nuevo estilo campaniforme regional o no; y la respuesta varía según el concepto que se aplique al campaniforme.

Si se le considera sólo como el tipo de cerámicas característico de unos determinados grupos humanos, nada impide que el Dornajos dé nombre a un nuevo estilo campaniforme del sector oriental de la meseta sur, pues son notables las similitudes formales existentes entre ambos tipos de cerámicas decoradas. Fundamentalmente en el repertorio de motivos utilizados, pues según la tabla de motivos aportada por Galán (1989: figura 2) el Dornajos comparte 20 de los 66 motivos (30,3 %) que componen la tabla del Ciempozuelos que hemos confeccionado para la meseta (Garrido 1994b: 44-51). También comparte algunos de los esquemas decorativos propios del fondo de los recipientes campaniformes (cubriente, en estrella, etc.), aunque el hecho de que se decoren casi completamente ambas superficies, así como el mayor barroquismo compositivo, por contra, las distinguen. En lo que se refiere a las formas, el tipo Dornajos se nutre casi exclusivamente de cuencos, y sólo algunos fragmentos de galbo sinuosos podrían hacer sospechar, con muchas reservas, la existencia de auténticos vasos campaniformes (Poyato y Galán 1988: figura 3:4).

Si, por contra, lo consideramos como un fenómeno socioeconómico de élite, entonces debe fijarse la atención, no tanto en aspectos formales como en el contexto, sobre todo aquél donde tiene su mejor plasmación, los enterramientos. Carecemos de hallazgos funerarios de cerámicas de tipo Dornajos, pues no se puede considerar como tal el fragmento de la Cueva de los Casares (Barandiarán 1973), recogido junto a varios campaniformes Ciempozuelos y restos humanos; ni los supuestamente hallados en unas cistas destruidas de Ocaña (González Simancas 1934), por lo confuso de estos descubrimientos. Sólo existe información procedente de lugares de hábitat, desafortunadamente la gran mayoría hallazgos superficiales, sin contexto preciso. En la actualidad se conocen ya en la zona más de 30 yacimientos, en nueve de los cuales se encontraron junto con cerámicas campaniformes de estilo Ciempozuelos, y en cuatro de ellos con cerámicas de los estilos puntillados. En el yacimiento de El Castellón en Villanueva de los Infantes, único excavado de ellos, todos los fragmentos de tipo Dornajos se recogieron en superficie, junto a otros campaniformes de diversos estilos, que proceden de las remociones medievales en el último nivel de la secuencia prehistórica, en el que se supone coexistieron (Espadas *et al.* 1987).

En suma, esta probable coexistencia cronológica y espacial de ambas especies cerámicas, así como sus indudables similitudes formales, nos hablan de las claras relaciones existentes entre ellas, sin embargo estamos aún muy lejos de poder especificar

de qué tipo de relación se trata. Hasta tanto no dispongamos de una serie de datos imprescindibles, acerca por ejemplo del contexto funerario de los Dornajos, o de la relación espacial entre la distribución de las cerámicas campaniformes y las Dornajos en plantas de poblados excavados en área, cualquier hipótesis que se formule sólo podrá apoyarse en argumentos tipológicos, por lo que no dejará de ser una opinión provisional.

b) Los estilos campaniformes en la meseta

Antes de entrar con cierto detalle en el examen de los estilos documentados en la meseta sur y sus características fundamentales, es preciso insistir en la necesidad de ser críticos con el esquema de división de las decoraciones campaniformes en estilos que habitualmente se maneja en la investigación, pues su aplicación a un registro arqueológico cada vez más rico y complejo presenta numerosas dificultades e induce a no pocas contradicciones. Así, por ejemplo, y como hemos señalado en otra parte (Garrido 1994b: 60-61), se conocen ya una serie de ejemplares meseteños que, por presentar rasgos de dos o más estilos reunidos en un mismo recipiente (por ejemplo la banda "marítima" encajada dentro de la franja que decora la panza de un vaso campaniforme inciso de Palencia, Delibes y Fernández-Miranda 1981: 167), demuestran lo débil de los sistemas clasificatorios de las decoraciones campaniformes, y por tanto aconsejan que sean utilizados con extremo cuidado, sólo a efectos analíticos y de común entendimiento, sin que pueda apoyarse en ellos ninguna conclusión importante, ni de tipo cronológico (como la seriación de los estilos) ni de otra índole. Sin perder de vista, por tanto, estas limitaciones podemos distinguir, siguiendo los esquemas tradicionales, cinco estilos decorativos bien diferenciados:

1) Estilo Marítimo o Internacional

Se trata del más uniforme y el único común a toda el área de dispersión del campaniforme en Europa. En la meseta sólo se da sobre vasos campaniformes, de diversos tipos y tamaños, y la decoración es puntillada a peine (salvo en la variedad CZM que combina esta técnica con la cordada), siempre sólo en la superficie externa, y a base de estrechos frisos de puntillado oblicuo en dirección alternante⁶. En la actualidad se conocen 34 yacimientos meseteños (26 en la meseta sur) con sus diversas variedades (Garrido 1994b: 37-42): tres de las definidas por Harrison (1977: 14), y una cuarta, ILV, que proponen Hurtado y Amores (1982) (figura 3):

MHV, o más clásica, en 28 yacimientos meseteños (22 en la meseta sur), ILV en tres yacimientos meseteños, dos en la meseta sur: un vaso inédito completo en Palomeras, Yuncillos, Toledo (Rojas

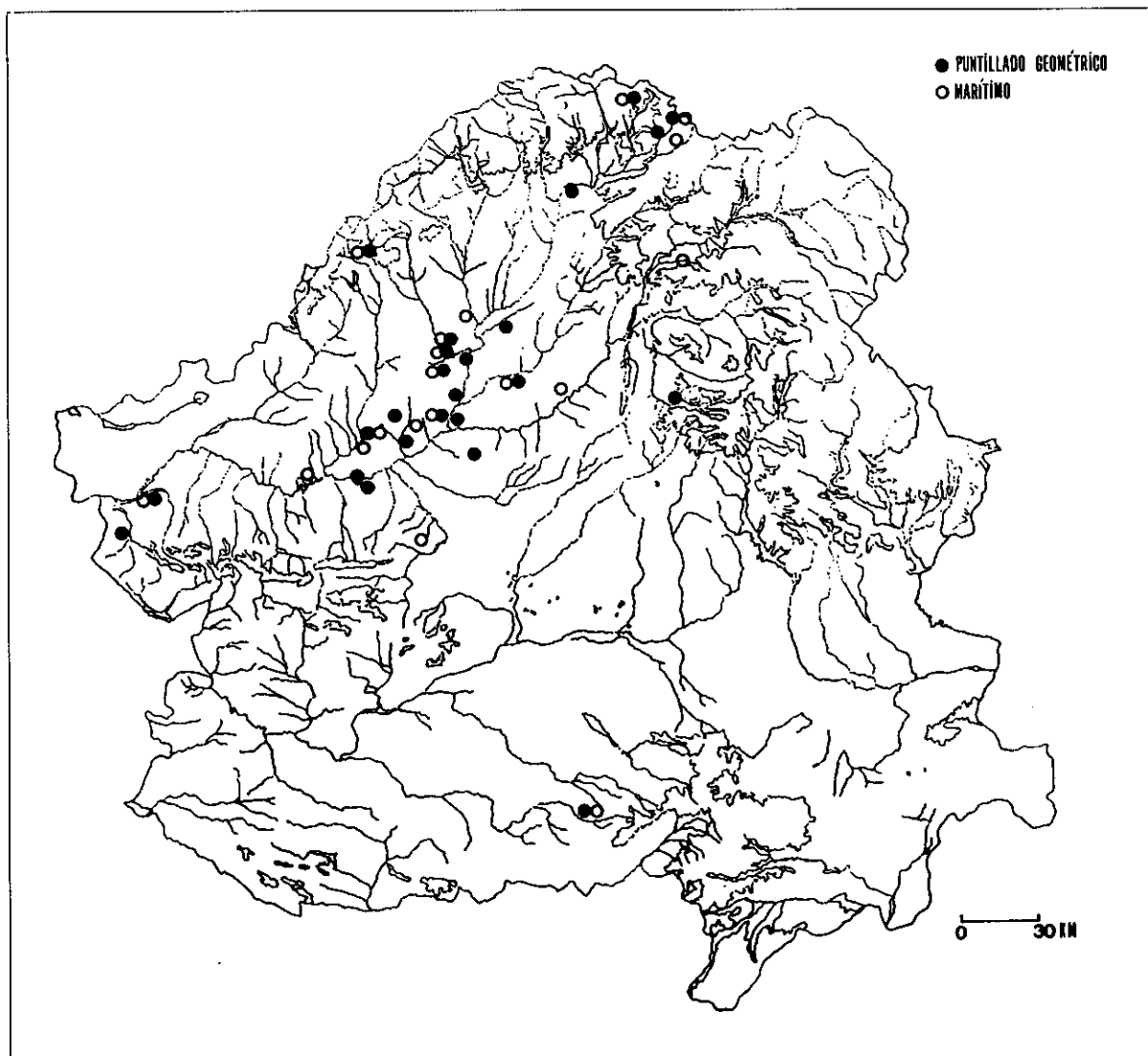


Figura 3.- Mapa de distribución de hallazgos cerámicos de estilo Marítimo y Puntillado Geométrico en la Meseta sur.

1984: figura 50), y fragmentos en el Arenero de Soto II en Perales del Río, Madrid (Blasco *et al.* 1989).

CZM o mixto cordado, en seis yacimientos meseteños, dos en la meseta sur: dólmenes de Entreterminos en Madrid (Losada 1976: figura 4), y Azután en Toledo (Bueno 1990: figura 7, 1991: 58)

MLV en tres yacimientos meseteños, todos en la meseta sur: la Cueva Harzal en Olmedillas, Guadalajara (Valiente y García-Gelabert 1983: figura 5), el Arenero del Camino de la Yesera en Madrid (Priego y Quero 1978: figura 5:1), y la tumba de Juan Francisco Sánchez en Getafe (Blasco Sánchez y Calle 1994: figura 7).

2) Estilo Puntillado Geométrico

Aunque en muchas ocasiones fue incluido en el anterior (Delibes 1977: 98; Harrison 1977, etc), sin embargo, y siguiendo opiniones ya antiguas (Mo-

reno López 1971-2: 39) preferimos considerarlo de forma separada. Se conocen 42 yacimientos meseteños con este estilo (32 en la meseta sur) (figura 3), que se da sobre vasos campaniformes, y excepcionalmente sobre cuencos (sólo un caso en el dolmen toledano de La Estrella, Bueno 1990: figura 11, 1991: 70-71 y figura 108:7) y cazuelillas (por ejemplo en La Tarascona, Segovia, Delibes y Municio 1981: figura 1). Más excepcionalmente hay cazuelas en este estilo, concretamente en el caso del fragmento de borde del yacimiento toledano de Fuente Amarga en Pantoja (Rojas 1984: figura 30: 3). Se ejecuta con técnica puntillada a peine (combinada a veces con la impresa) y sólo en la superficie externa, donde se disponen los motivos decorativos geométricos en frisos horizontales y paralelos⁷. El repertorio lo componen 31 motivos (Garrido 1994b: 39-41: Tabla I), la gran

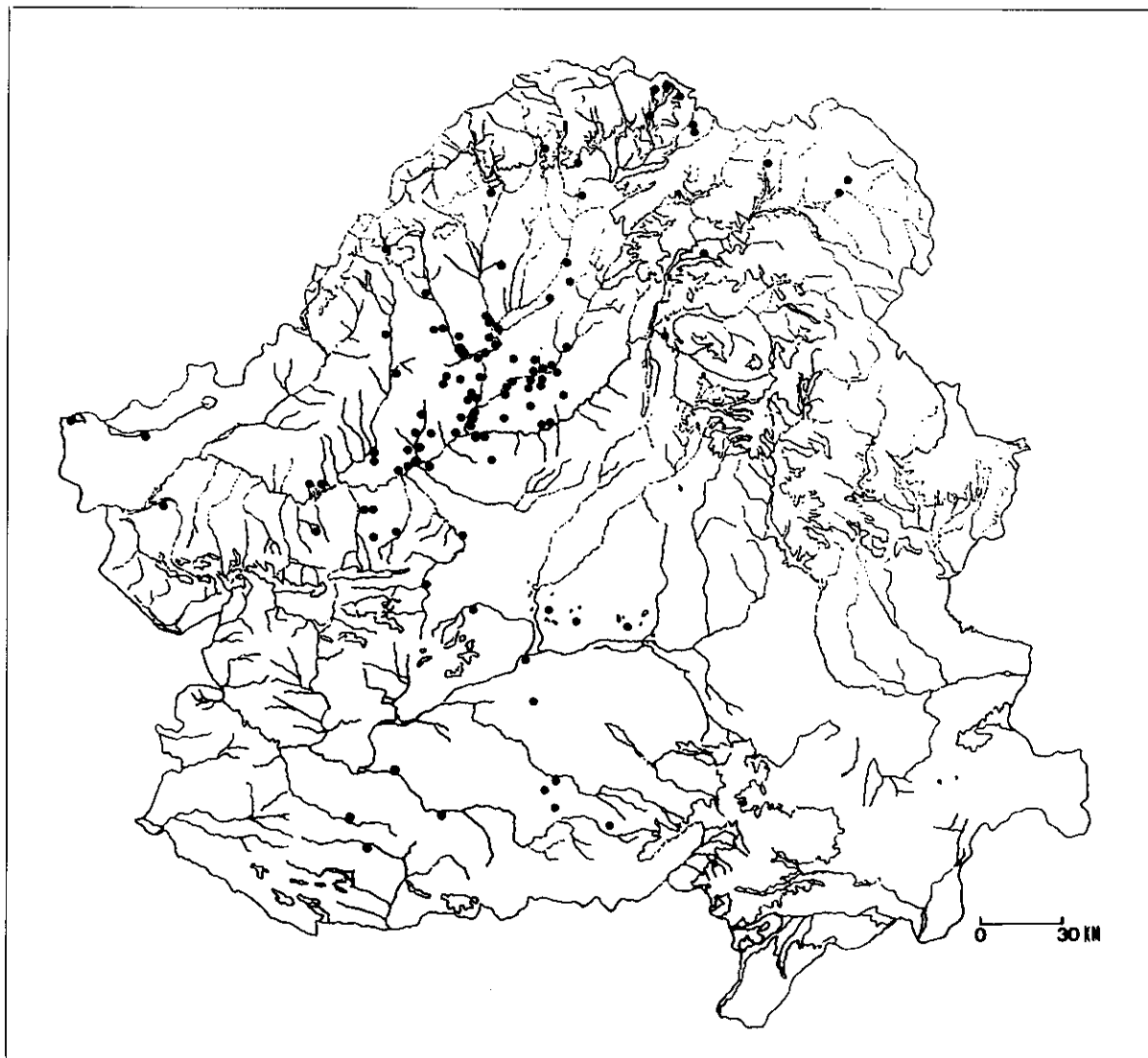


Figura 4.- Mapa de distribución de hallazgos cerámicos campaniformes de estilo Ciempozuelos en la Meseta sur.

mayoría de ellos comunes al estilo Ciempozuelos. Por la forma de disponerlos en la superficie decorada, pueden distinguirse dos variedades distintas: corrido, sin interrupción por toda la superficie externa, de arriba a abajo; es, con gran diferencia, la variante decorativa más frecuente, pues está presente en más del 90% de los yacimientos meseteños con este estilo. Y en franjas, o tipo B de Rojas (1984), donde los motivos se agrupan en franjas horizontales y paralelas, separadas entre sí por espacios lisos, de forma muy similar al estilo Ciempozuelos. Variedad muy escasa en la meseta, conocida por desgracia a través de fragmentos, por ejemplo en la meseta sur en Fuente Amarga (Pantoja, Toledo), y del ejemplar completo dudoso de Ciempozuelos (Riaño *et al.* 1894: Lámina 5). Se ha podido identificar también una variante doméstica, si bien cuenta aún con escasos ejemplos, por

desgracia incompletos: El Perical (Alcolea de las Peñas, Guadalajara, Cerdeño 1978; Garrido 1994b: yacimiento nº028), Arenero de la Casa del Cerro en Madrid (Priego y Quero 1977: Lámina III: 2; Garrido 1994b: 155).

3) Estilo Ciempozuelos

Es el mejor representado en la meseta, con 271 yacimientos, 145 en la meseta sur (figura 4), y el único que se da sobre todas las formas campaniformes conocidas. Además del célebre trío vaso campaniforme, cuenco y cazuela, típico de los ajuares funerarios Ciempozuelos, también existen formas híbridas de vaso y cazuela (sólo en la meseta norte por ahora), cazuelillas, una copa y vasos de almacenaje. La decoración se realiza con técnica incisa e impresa, a veces muy profunda por lo que recibe el apelativo de pseudo-excisa. Se utiliza un amplio repertorio de

66 motivos decorativos (Garrido 1994b: 44-51, Tabla II), dispuestos en frisos que se agrupan en franjas horizontales y paralelas, separadas por espacios lisos de tamaño variable, en la superficie externa y con unos pocos motivos en frisos horizontales y paralelos agrupados en una franja estrecha, paralela al borde y partiendo de él por todo el perímetro del mismo, en la interna⁸. Excepcionalmente, algunos recipientes presentan también ornamento en el labio: Arenero de Pedro Ugarte en Madrid (*idem*: 178), Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara (Balbín *et al.* 1989: figura 4), Fuente Amarga en Pantoja, Toledo (Rojas 1984: figura 30:2) y El Guijo en Mazarambroz, Toledo (Rojas y Rodríguez 1990: Lámina VIII: 7). Los fondos reciben un tratamiento especial y se exornan con gran frecuencia y esmero con una serie de esquemas regulares (cruciforme, radial, en estrella, cubriente y simple) (Garrido 1994b: 54). La gran abundancia de materiales de este estilo en la meseta ha permitido definir, desde hace tiempo, una serie de variantes, de las cuales se constatan en la meseta sur las siguientes:

— Con decoración esquemática: algunos recipientes, excepcionalmente, junto a los motivos decorativos típicos del estilo, presentan en la misma técnica representaciones gráficas muy similares a algunas del arte esquemático, algo también documentado en otros yacimientos peninsulares como el Castro de la Portucheira, en Portugal (Harrison 1977: figura 64: 1004), o en Los Millares (Arribas y Molina 1987: figura 3) y Orce (Schüle y Pellicer 1966) entre otros. Es el caso de cuatro yacimientos meseteños, tres en la meseta sur (todos en Madrid): Las Carolinas (Obermaier 1917: figuras 10 y 11), con un cuenco en cuyo interior se alternan en un friso horizontal cérvidos y soliformes; el Ventorro (Priego y Quero 1992: figura 112: 203256) con un fragmento de galbo conserva en el exterior parte de un zoomorfo (¿cérvido?), rodeado de otros motivos perfectamente normales en el repertorio del estilo; y la Colonia del Conde de Vallengano (Pérez de Barradas 1929: figura 45 c y d).

— Variedad "Molino": se trata de una supuesta variedad de ámbito regional (Fernández-Posse 1981), que no es tal en realidad, pues se puede documentar en toda la meseta en contextos domésticos campaniformes, siempre sobre recipientes de grandes dimensiones (vasos de almacenaje), utilizando las mismas técnicas y repertorio de motivos del estilo, si bien con unos patrones o esquemas peculiares y un reducido número de motivos (2, 5, 9, 10a, 10b, 10c, 11, 12a, 12b, 25, etc., Garrido 1994b: 44-51: Tabla II). Más que una variedad regional es la variante doméstica⁹

del estilo Ciempozuelos, aplicada a grandes vasos, lo cual hace más sorprendentes si cabe las notables regularidades que presentan en toda la meseta, pues no parece razonable defender para ellos una circulación a gran escala como elementos de prestigio, dadas sus características y las posibilidades del transporte.

4) Estilo Mixto, Inciso-Puntillado

Aún muy mal documentado y difícil de identificar, por lo que el primer caso conocido en la meseta, el vaso campaniforme de Villaverde de Íscar (Segovia) fue clasificado por Delibes (1979: 11) dentro del estilo Puntillado Geométrico, pero haciendo notar las conexiones indudables con el Ciempozuelos. Se define básicamente por la coexistencia en un mismo recipiente de la técnica incisa y la puntillada a peine, en proporciones similares, utilizando los motivos decorativos del estilo Ciempozuelos, dispuestos en franjas.

Sólo se conocen ocho yacimientos meseteños con este tipo de decoración, seis en la meseta sur: La Golilleja en Belvis de la Jara (Rojas 1984: 25-26) y la Laguna de Tirez en Villacañas (Ruiz Taboada 1994) ambos en Toledo; Torrejón de Ardoz (Harrison 1977: 178 y figura 76), Urbanización de Buenos Aires (Blasco *et al.* 1988-9: 203 y figura 3:1) y Arroyo Culebro en Pinto (*idem*: 206-7 y figura 3), y El Castellón en Villanueva de los Infantes, Ciudad Real (Espadas, Poyato y Caballero 1987: figura 12: 1). Todos ellos reúnen poco más de siete recipientes en la meseta, la mayoría además fragmentos de exiguo tamaño, que impiden conocer con mayor precisión sus rasgos definidores.

5) Estilo Liso

Ejemplares realizados sobre formas campaniformes, pero caracterizados por la ausencia intencionada de decoración, que ya fueron recogidos por Delibes (1977: 100-101) para definir este estilo, que se ha podido documentar en 22 yacimientos meseteños, 11 en la meseta sur. En los contextos domésticos la fragmentación de los materiales impide precisar si se trata de cerámicas campaniformes lisas o de cerámicas lisas asociadas al campaniforme, lo cual hace que sea en los contextos funerarios donde se identifique de forma más segura, ya sea formando ajuares cerámicos lisos (por ejemplo en el reciente enterramiento del Arenero de Soto e Hijos en Getafe, Blasco *et al.* 1994: figura 8) o combinados con recipientes decorados de diversos estilos (Arenero de Miguel Ruiz, Madrid; La Aldehuela en Getafe, Harrison 1977: figura 77 y yacimiento n°198 respectivamente; o el reciente hallazgo madrileño de la tumba de Juan Francisco Sánchez, Blasco *et al.* 1994: figura 7).

6.5. La metalurgia

6.5.1. Aspectos técnicos

Son indudables los lazos que ligan la metalurgia al campaniforme para los grupos que formaron parte de esta red de intercambios, tanto en los enterramientos donde los elementos metálicos son muy frecuentes, como en los hábitats donde los testimonios de metalurgia *in situ* parecen asociarse a la distribución espacial de las cerámicas campaniformes como en el Ventorro (Priego y Quero 1992: figura 169), del que además proceden dos fragmentos de crisoles con decoración de estilo Ciempozuelos. Se conocen hasta el momento en la meseta un centenar (18 en la meseta sur) de yacimientos con campaniforme donde se conocen testimonios metálicos, en forma de productos terminados la inmensa mayoría, pero sólo siete de ellos (cuatro en la meseta sur) han proporcionado información sobre la actividad metalúrgica en sí. Son básicamente fragmentos de crisoles con adherencias de cobre, entre los que destacan los del poblado madrileño de El Ventorro (Priego y Quero 1992: 304-316) por su abundancia (63 ejemplares). Se conocen goterones y escorias de cobre en tres lugares (Ventorro, Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara, Balbín *et al.* 1989; y El Pico del Castro en Quintanilla de Arriba, Valladolid, véase nota 3). Por desgracia, casi la totalidad de estos testimonios carecen de contexto, han aparecido en recogidas superficiales y además no se tienen análisis metalográficos publicados. Sólo dos yacimientos han aportado información valiosa al respecto, el Arenero de Soto II (Perales del Río, Getafe) y El Ventorro (Madrid). En el primer caso se hallaron varios fragmentos de una vasija-horno, con adherencias de cobre, que fueron analizadas por Rovira (1989; Blasco y Rovira 1992-3: 411), quien pudo reconstruir el proceso metalúrgico realizado en este hábitat, mediante una gran vasija que sirvió como horno para el primer procesamiento del mineral de cobre. Una vez acabado el proceso y enfriado el conjunto se rompía la vasija para extraer una masa vítrea sólida formada por escorias y minerales parcialmente reducidos, que serían refundidos en crisoles como los hallados en los yacimientos mencionados: El Guijo en Mazarambroz, Toledo (Rojas y Rodríguez 1990: 175-176 y Lámina XII:7), Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara, El Pico del Castro en Quintanilla de Arriba, Valladolid (véase nota 3), y sobre todo El Ventorro. En este último poblado pudieron documentarse las cabañas en las que se llevó a cabo esta segunda fase del proceso metalúrgico, en la que la refundición produciría un notable afino del cobre bruto, eliminando las impurezas (Priego y Quero 1992: 300-301). Una vez concluido

este refinado o refundición, el cobre se introduciría en moldes, de los que saldrían ya las piezas completas, que luego serían retocadas con un martilleo en frío. De las adherencias que presentan estos crisoles, sólo han sido analizadas las del Arenero de Soto II en Getafe (Rovira 1989) y El Ventorro en Madrid (Priego y Quero 1992: 317).

Sin embargo sí contamos con un mayor número de análisis metalográficos de las piezas metálicas terminadas; en concreto se han publicado los de 27 yacimientos con campaniforme en la meseta, cinco en la meseta sur, fundamentalmente del área madrileña, y son todos ellos cobres puros o arsenicados, como es usual en esta etapa de la metalurgia meseteña. Algunos trabajos recientes han aportado además interesantes conclusiones sobre las posibles fuentes de aprovisionamiento del mineral, como Montero, Rodríguez y Rojas (1990) establecieron en distintos puntos de la provincia de Toledo; y para el caso madrileño Blasco y Rovira (1992-3) o Rovira y Montero (1994) en la vertiente meridional de la Sierra, (eje metalotécnico Miraflores-Berrueco), confirmando una idea sugerida anteriormente (Rovira 1989: 363 y Blasco *et al.* 1988-9: 221) a partir del examen de las rocas con que fueron confeccionados los útiles pulimentados de algunos yacimientos madrileños de la zona de Pinto, y cuyas implicaciones para el patrón de poblamiento local subrayamos recientemente (Garrido 1994a: 73).

6.5.2. Los tipos metálicos:

a) Punzones o leznas biapuntadas

A pesar de ser un tipo simple, de los más antiguos y duraderos de la metalurgia de la Edad del Bronce, su aparición en varios ajuares funerarios campaniformes meseteños, como Ciempozuelos (Riario *et al.* 1894) o Villar del Campo en Soria (Delibes 1977: figura 22), permiten incluirlos con seguridad dentro del repertorio ritual campaniforme. Se conocen seis yacimientos con 16 ejemplares, dos en la meseta sur: El Ventorro (Priego y Quero 1992: figura 175) con tres piezas fragmentadas y Ciempozuelos con una. Únicamente se han publicado los análisis de tres casos meseteños, uno en la meseta sur (cobres arsenicados en El Ventorro). Sus dimensiones son variadas, pues la longitud de todos ellos se comprende entre los 16,4-2,5 cm., pero de los ocho casos estudiados seis se comprenden entre los 7 y 16,4 cm.

b) Hachas planas

Otro tipo antiguo, bastante regular, que sigue fabricándose durante toda la Edad del Bronce, por lo que nuevamente sólo se recogen aquellas piezas cuya asociación al campaniforme tenga ciertas garantías de verosimilitud. Esto reduce el inventario

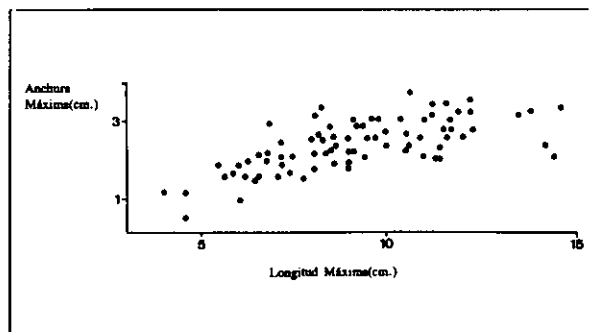


Figura 5.- Diagrama de dispersión de dimensiones de las Puntas Palmela en la Meseta.

a tres casos, uno sólo en la meseta sur, en el dolmen de Entretérminos (Losada 1976: 211 y figura 2:2).

c) Puntas Palmela

Es uno de los tipos representativos del fenómeno campaniforme en la Meseta, y en la Península Ibérica en general, que aparece con él por primera vez en la zona. Se conocen en la meseta 131 ejemplares procedentes de 73 yacimientos, repartidos como sigue (entre paréntesis las cifras del último inventario publicado por Delibes y Fernández-Miranda 1981: 183-184): 115(60) Palmelas en la meseta norte, y 16 en 10 yacimientos de la Meseta sur. Su variedad morfológica es muy notable, lo que llevó a Delibes (1977: 109-111) a distinguir tres tipos básicos con variantes, como propuesta tipológica sin valor cronológico alguno, como el propio autor reconoció; y que ha sido recientemente aplicada a ejemplares andaluces (Rovira *et al.* 1992). No obstante, parece recomendable no extender el uso de una tipología provisional hasta tanto no se efectúen análisis de base estadística rigurosa, sobre todo ahora que se dispone de una muestra tan importante. Si se analiza con más detalle la concentración de casos, es posible señalar que un 76,47% de ellos se comprenden entre los 7-12,5 cm. de longitud y 1,4-3,7 cm. de anchura máximas, pero la mayor concentración de casos se constata, con un 40% de los mismos, entre los 8-10 cm. de longitud y los 1,7-3,3 cm. de anchura máximas (figura 5). En cuanto a su composición metalográfica, sólo 42 ejemplares (32,3% del total) cuentan con análisis publicados, de los que ocho (19,04%) son cobres arsenicados y 34 (80,95%) cobres puros.

d) Puñales de lengüeta

Otro de los elementos metálicos característicos de este fenómeno, aunque en este caso común a buena parte del campaniforme europeo, y además fabricados durante un periodo más prolongado, razón por la cual se constata una gran heterogeneidad tipológica. Delibes (1977: 105-108) intentó elaborar una tipología de estos puñales, con pretensiones cronológicas, en la que distinguía cuatro tipos, a través de

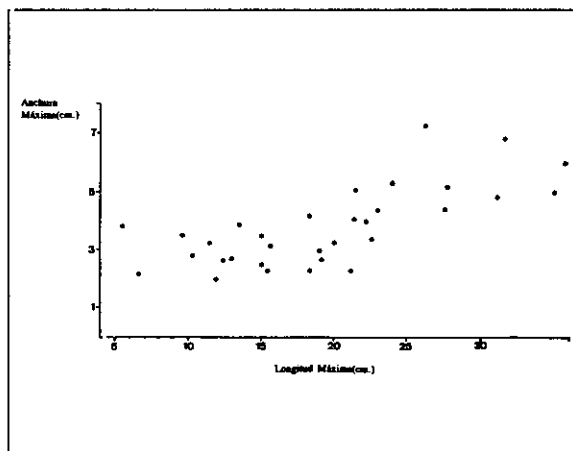


Figura 6.- Diagrama de dispersión de dimensiones de los Puñales de lengüeta en la Meseta.

los cuales se podía observar una evolución presidida por la progresiva reducción de tamaño de las lengüetas y el consiguiente aumento del de las hojas, así como la presencia cada vez mayor de elementos típicos del armamento del Bronce pleno (remaches en la empuñadura, nervio en la hoja, etc.). Se conocen hasta hoy en la meseta 34 puñales de lengüeta, procedentes de 33 yacimientos, siete de ellos en la meseta sur con otros tantos ejemplares. Los rasgos tipológicos son variados (Garrido 1994b: 72-76), pero si se toman, como aproximación inicial, las variables longitud y anchura máximas, pronto se observa la gran dispersión de casos, en suma la heterogeneidad del conjunto (figura 6). Los puñales que disponen de análisis metalográficos recientes y publicados son 17 en toda la meseta (50% del total), y sólo uno en la meseta sur (Torrecuadrada en Guadalajara: cobre puro, Valiente 1992b: 44).

e) Alabardas

Es un tipo de arma metálica cuya asociación al fenómeno campaniforme no ha sido aún definitivamente probada, por ejemplo con un contexto funerario intacto. Sin embargo varios indicios apuntan a que en la meseta y en otras partes de Europa¹⁰ debió formar parte del conjunto de armas metálicas campaniformes, al menos ocasionalmente: ha sido encontrada en el depósito metálico de La Finca de la Paloma (Pantoja, Toledo, Harrison 1974; Álvaro 1987 a: Lámina XIV) con puñales de lengüeta y Puntas Palmela, y asociada a una Punta Palmela en el hallazgo del Valle del Manzanares (Blas 1981). Todos los paralelos tipológicos, fundamentalmente en el Bronce atlántico (según Harrison 1974, en prototipos irlandeses fechables con posterioridad al 1700 a.c.), remiten a fechas de Bronce antiguo, si bien recientemente Álvaro (1987a: 21-22; 1987b: 29-31) ha criticado estos paralelos, en referencia a los ejemplares de Panto-

ja, y ha propuesto antecedentes peninsulares en el Calcolítico. Además, todas las alabardas analizadas en la meseta, son sin excepción cobres arsenicados (en torno al 1% de As en Pantoja, y 3,01% en el Valle del Manzanares). Finalmente contamos con un ejemplo excepcional, como es la estela de Tabuyo del Monte (León), en la que se representa un antropomorfo con dos atributos guerreros, un puñal de lengüeta y una alabarda con acusado nervio central y dos clavos para el empuñamiento (Almagro Basch 1972; Bueno y Fernández-Miranda 1981: 459, 464-5 y Lámina 6).

Se conocen en la meseta sólo cinco alabardas, procedentes de cuatro yacimientos, tres en la meseta sur con cuatro ejemplares: uno madrileño del Valle del Manzanares (Blas 1981) y tres toledanos, dos del depósito toledano de Pantoja (Harrison 1974; Álvaro 1987a: Láminas XIV-XVII) y uno inédito de Villamiel (Ruiz Taboada en prensa). Todas ellas carecen de contexto conocido, salvo las piezas de Pantoja, al parecer de un depósito metálico, y presentan características y tamaños variados (Garrido 1994b: 77-78).

f) Orfebrería en oro

Los hallazgos de objetos de oro son extraordinariamente escasos, en primer lugar porque son elementos de, salvo excepciones, muy exiguo tamaño y contexto funerario, que requieren para su descubrimiento excavaciones sistemáticas y cuidadosas con cribado de tierra, algo infrecuente¹¹. No obstante, su escasez también viene explicada por la propia excepcionalidad de estos objetos en los ajuares funerarios campaniformes, en razón de lo costoso de su fabricación, pues se trata de oro de origen aluvial, que por martilleo transformaba las pepitas en láminas útiles para el trabajo del orfebre. Todo ello ayuda a explicar por qué sólo se conocen diez hallazgos asociables a campaniforme en la meseta (sólo dos en la meseta sur) con un total de 37 objetos de oro. Todos son hallazgos funerarios, salvo la cintilla del depósito toledano de Pantoja (Rojas 1984: 123). En la meseta sur sólo han podido recuperarse dos objetos de otros tantos yacimientos: en el dolmen madrileño de Entretérminos (Losada 1976: 211), se halló una cinta o banda, que, con un soporte de alguna materia perecedera (posiblemente cuero), cumpliría la función de una diadema (Hernando 1983: 112). En el depósito de Pantoja en Toledo se recuperó una cintilla fragmentada, elemento de adorno para pegar o incrustar en algún soporte de material perecedero, bien el mango de un puñal de lengüeta, pues de hecho tanto en éste caso como en la tumba zamorana de Villabuena del Puente han aparecido también, junto a estas cintillas, sendos puñales de lengüeta; o bien, menos probable-

mente, alguna prenda o adorno de cuero (*idem*: 126-128). Por contra, en la meseta norte la riqueza de hallazgos es mucho mayor, con 35 objetos procedentes de ocho yacimientos, la mayoría inéditos (Garrido 1994b: 78-80).

6.6. Otros

a) Brazales de arquero

Son placas rectangulares generalmente de piedra (areniscas, pizarras, esquistos, calizas) aunque no faltan las de hueso, con una, o menos comúnmente dos, perforaciones bitroncocónicas en cada uno de los lados menores. Se conocen hasta el momento 26 piezas procedentes de 17 yacimientos en la meseta, ocho piezas de siete yacimientos en la meseta sur: sendos ejemplares madrileños completos en Mejorada del Campo II (Delgado *et al.* 1987: figura 7) y La Aldehuela (Harrison 1977: 181 y 184), dos fragmentados de El Guijo en Mazarambroz, Toledo (Rojas y Rodríguez 1990: 177 y Lámina XI: 3 y 4), sendos ejemplares de los yacimientos de Serijo y Castillejo ambos en San Carlos del Valle (Alañón 1988: foto 2) y al menos dos en el de Piédrola en Alcázar de San Juan (Haro y Vela 1988: 274), estos tres últimos de Ciudad Real. Sus tamaños oscilan entre los 6-14,5 cm. de longitud y los 1,5-3,5 cm. de anchura. Sólo en diez casos (tres de la meseta sur) se conocen las dimensiones y características completas de los brazales, lo que dificulta notablemente su análisis tipológico.

b) Botones de perforación en "V"

Pueden definirse como objetos hechos en hueso, más raramente en concha, de forma y sección variables, que tienen una cara superior convexa y una cara inferior la mayoría de las veces plana y perforada. Esta perforación, denominada en V, está constituida por dos conos convergentes que se encuentran sin llegar a traspasar la cara superior (Barge-Mahieu 1991: 1). En la meseta sólo se conocen ocho ejemplares de contextos campaniformes, procedentes de seis yacimientos, dos de la meseta sur: uno hemisférico en El Castellón, Villanueva de los Infantes, Ciudad Real (Espadas *et al.* 1987: 56-57 y figura 11:9), y dos en la tumba inédita de Villaluenga de la Sagra, Toledo¹².

c) Otros

Mucho menos frecuentes en los ajuares funerarios campaniformes son otros objetos como las puntas de flecha de pedúnculo y aletas de sílex, que podrían quizá incluirse en el mismo complejo ideológico que los brazales de arquero, y cuya presencia en este tipo de contextos está sobradamente atestiguada en la célebre tumba vallisoletana de Fuente Olmedo (Martín Valls y Delibes 1974: figura 10). Además se

han documentado en los recientes hallazgos dolménicos con campaniforme, pero los problemas de remociones tan frecuentes en estos sepulcros impiden su asociación segura al fenómeno que nos ocupa (por ejemplo en el dolmen de La Estrella, Bueno 1990: 143 y figura 11; 1991: 72 y figura 109).

7. CONCLUSIONES

La información disponible es totalmente insuficiente e inadecuada para la verificación de las hipótesis sugeridas, porque fue obtenida dentro de un marco teórico con preocupaciones muy diferentes. Este hecho, lejos de desanimar, debería servir de acicate a la proposición de nuevos marcos teóricos que impulsen la investigación y los trabajos de campo hacia nuevos derroteros, pues, de lo contrario, sólo estaríamos contribuyendo a la perpetuación de los enfoques tradicionales. A pesar de ello sí pueden encontrarse entre los datos disponibles algunos indicios en apoyo de las hipótesis que proponemos, como hemos intentado hacer recientemente en el caso concreto de la región madrileña (Garrido 1994a), y que en aras de la brevedad agruparemos en dos aspectos básicos:

a) Esfera Económica: el interés ha de centrarse en un asunto crucial, la intensificación de la producción, que está en la base del surgimiento de las diferencias sociales (Gilman 1981), y que debe contemplarse como un proceso a largo plazo que hunde sus raíces en los momentos finales del Neolítico. Por desgracia, son mal conocidas las etapas que preceden al campaniforme en la meseta, especialmente el Neolítico (Municio 1988), hecho que limita las posibilidades de estudio. No obstante, teniendo en cuenta la gran cantidad de información que van aportando día a día los trabajos de campo (excavaciones de urgencia y cartas arqueológicas provinciales), podemos aventurarnos a proponer una hipótesis de trabajo, según la cual asistiríamos en la meseta sur a un notable aumento del número de yacimientos a comienzos del Calcolítico respecto a etapas anteriores, así como una ubicación preferente en terrenos de claro aprovechamiento agrícola, próximos a las vegas de los ríos. De ser así, podría deducirse de todo ello un considerable aumento demográfico y un proceso de intensificación de la producción agrícola-ganadera, con todas las reservas dado el estado de la información (desconocimiento completo del patrón de asentamiento neolítico, falta de definición cronológica que exagera la importancia del poblamiento calcolítico en la zona,...).

El calcolítico precampaniforme es cada vez mejor conocido y definido en la zona (Álvaro 1987a

y b; Martínez Navarrete 1984), pero en ausencia de los necesarios registros paleobotánicos y faunísticos no es posible analizar mejor este crucial proceso de cambio económico (Morales y Liesau 1994, para el caso madrileño). Sólo contamos para estos momentos, por ello, con débiles evidencias indirectas como la generalización de los "fondos de cabaña" y las "queseras", junto con los datos de otras partes de la meseta (p.e. la fauna del poblado zamorano de Las Pozas, Morales 1992), y la situación conocida ya en época campaniforme, que reclama unos necesarios precedentes. Ya en esta etapa, cuando suponemos existía un orden social convulso e inestable, estos cambios económicos se pueden detectar por ejemplo en los análisis faunísticos de El Ventorro (Priego y Quero 1992: 370-376), con el claro aprovechamiento secundario, por el predominio de animales adultos, que podría incluirse dentro de lo que Sherratt (1981) denominó la "revolución de los productos derivados", que supuso una de las más extendidas formas de intensificación de la producción en gran parte de Europa; y con el interesante incremento porcentual de los cerdos en la fase campaniforme, con lo que ello implica en el grado de sedentarización (Morales y Liesau 1994: 245). Por otra parte, hay estudios paleoecológicos sobre la ubicación de los poblados con campaniforme en relación con los recursos y vías naturales de comunicación, como el publicado por Rojas (1988) con los datos de Toledo, y el que intentamos realizar en nuestra Memoria de Licenciatura (Garrido 1994b: 317-318), que aportan al menos indicios de que los patrones económicos de estos grupos eran más complejos de lo que a menudo se cree.

b) Esfera Social: nuevamente es necesario examinar el proceso desde las etapas anteriores, especialmente el Calcolítico precampaniforme, pues se manifiestan ya en esta época significativos cambios sociales hacia la complejización, derivados de las transformaciones económicas. Contamos ya con interesantes núcleos de hábitat, como la primera fase de ocupación de El Ventorro en Madrid (Priego y Quero 1992) o Los Castillos en Las Herencias, Toledo (Álvaro *et al.* 1988), por citar los casos más conocidos, que controlan importantes vías naturales de comunicación, y cuya cultura material muestra relaciones con otras áreas peninsulares, como Portugal (Álvaro 1987a: 22; Muñoz 1993: 334) o el Sureste (por ejemplo el espectacular ídolo oculado de Juan Barbero en Tielmes, Madrid; Martínez Navarrete 1984), y por tanto un desarrollo de los sistemas de intercambios y la interacción social que anticipa y explica la posterior "red campaniforme".

En el mundo funerario la información es más pobre y confusa, lo que dificulta notablemente la

interpretación social de esta etapa. La mayoría de yacimientos son conocidos por noticias antiguas, poco fiables, pero al parecer se trata siempre de enterramientos colectivos en cuevas o grietas (Álvaro 1987 a: 13; Galán 1988), algo que apuntaría en principio hacia un orden social no jerarquizado, más similar al neolítico que al constatado en época campaniforme. No obstante, tratándose de noticias antiguas o confusas, y dada la escasez de excavaciones recientes, no es descartable que nuevos hallazgos modifiquen el panorama descrito. Así está ocurriendo de hecho en la meseta norte, con el hallazgo cada vez más usual de enterramientos individuales, a veces con notables ajuares, como El Ollar en Donhierro, Segovia (Delibes 1988).

No obstante, no conviene olvidar que, como parece cada vez más evidente en otras áreas mejor conocidas, la complejidad de los patrones funerarios no se sujeta a esquemas simplistas. Por ello no sería de extrañar que con el tiempo se demostrase la coexistencia en la zona de enterramientos individuales con ajuares personales junto a colectivos sin ajuares diferenciados, como testimonio de un orden social alterado y aún por definir.

Cuando el fenómeno campaniforme aparece en la meseta sur los testimonios de cambio social, aunque escasos, son más claros, empezando por su propia aparición y difusión, en tanto que circuito de prestigio. Los únicos poblados con campaniforme, excavados y publicados hasta el momento, y que ofrecen suficiente información son El Castellón en Ciudad Real y El Ventorro en Madrid. El primero de ellos, aunque pendiente de publicación definitiva, por el gran potencial que sugiere lo que de él se conoce (Espadas *et al.* 1987): potente estratigrafía, dataciones radiométricas e interesante secuencia calcolítica. Y el segundo, recientemente publicado (Priego y Quero 1992), por algunos de los datos que proporciona: tras una fase calcolítica, supuestamente precampaniforme sin metalurgia, y datada por C14 a finales del tercer milenio a.c. (2340 ± 250 y 1930 ± 90), existe otra con presencia campaniforme y metalurgia. Los testimonios de estos últimos elementos se relacionan claramente en su distribución espacial, especialmente en ciertas cabañas de gran tamaño rodeadas de silos. Esta concentración espacial de los materiales campaniformes es un rasgo que se ha documentado en otras áreas, como en el poblado portugués de Zambujal (Kunst 1987), con indudables implicaciones para la interpretación social del uso de estos elementos. Desgraciadamente la superficie excavada del poblado es muy pequeña, por lo que la visión es incompleta a la par que irreparable, pues el yacimiento ha sido destruido.

En cuanto a los datos funerarios, el panorama no es mejor, pues son la mayoría hallazgos casuales y antiguos, que impiden en muchos casos incluso conocer el contenido completo de los ajuares, por no hablar de la desaparición de la mayor parte de los restos humanos, lo que impide conocer una información de vital importancia para el análisis social. Hasta que no se tenga una base empírica más sólida sólo puede evaluarse lo disponible y obtener de ellos la información que pueda resultar de interés para la contrastación de estas hipótesis, lo que puede resumirse en los siguientes puntos:

— Los enterramientos campaniformes son escasos, generalmente aislados o en pequeñas necrópolis como la de Ciempozuelos, y no se observa que tengan una relación espacial de proximidad a los núcleos de hábitat.

— No se conocen en nuestra área de estudio otras formas distintas de enterramiento que sean coetáneas, lo cual no quiere decir que no existan. Es más, en el modelo propuesto, hallazgos de este tipo encargarían sin mayor problema, bien como las tumbas de grupos que no entraron en la “red campaniforme” o bien como las fórmulas funerarias propias de aquellos miembros del grupo que no ostentan un rango social suficiente para acceder a estos símbolos de estatus. De hecho en zonas próximas, como Ávila, se conocen, por ejemplo en la fosa colectiva de El Tomillar (Bercial de Zapardiel), fechada por C14 en el 1800 a.c., y que contenía trece cadáveres sin ajuares personales (Fabián 1995).

— Tienen estructuras simples pero ricos ajuares fuertemente estandarizados, como el célebre trío cerámico de las tumbas de Ciempozuelos.

De esta escasa información nada definitivo ha de concluirse, pero sí al menos es posible extraer algunos principios generales, como hipótesis de trabajo: una serie de personajes comienzan a destacarse en la estructura social de estos grupos, gracias al control de los medios de producción, lo que les otorga el derecho exclusivo a ser enterrados individualmente, acompañados de ricos y estandarizados ajuares funerarios, de gran valor social, compuestos por elementos campaniformes, que también tuvieron un uso restringido en vida como símbolos de poder y estatus. Como proponen Lull y Picazo (1989: 17-19), podría decirse que, con ello, el grupo realiza una inversión de trabajo social, en este caso no en las estructuras, que son simples, sino en los ajuares, para cuya obtención se precisa bien una inversión de excedente para su adquisición, o bien un gasto de energía en forma de fuerza de trabajo desviada de las tareas productivas (artesano a tiempo parcial seguramente), según se trate de grupos productores o consumidores

de estos elementos de prestigio; inversión que asegura la reproducción del sistema en el orden deseado. En este sentido, y en la valoración de los ajuares funerarios campaniformes, la indagación sobre el grado de normalización (producción específica para el ritual) de sus componentes es particularmente interesante (*idem*: 19). Los ajuares campaniformes presentan ya *per se* un notable grado de normalización en toda su área de dispersión, pero su estudio tipológico exhaustivo permite ahondar en esta línea, tarea que estamos acometiendo con los ejemplares de toda la meseta, y de la que podemos ofrecer un mínimo anticipo (Garrido 1994b), como el cálculo del coeficiente de correlación (Shennan 1992: 134-139) constatado entre dos variables, diámetro de boca y altura total en el caso de las cerámicas, y longitud y anchura máximas en el de los elementos metálicos: en las cerámicas los valores obtenidos son 0.77 en los vasos, 0.8 en las cazuelas y 0.61 en los cuencos, en general sorprendentemente altos si pensamos que se trata, en primer lugar de una manufactura prehistórica, y en segundo lugar una muestra muy variada en cuanto a sus márgenes cronológicos (varios siglos) y geográficos (toda la meseta); lo cual habla muy favorablemente del grado de normalización en la fabricación de estos recipientes. Las diferencias constatadas entre las distintas formas obedecen a distintas razones, relacionadas con el tipo de muestra, mucho menor en el caso de las cazuelas (21 casos en comparación con los 50 de los vasos), y procedente en su mayoría de contextos domésticos, y por tanto con un menor grado de estandarización, en el caso de los cuencos. Los elementos metálicos ofrecen, en general, unos resultados menos significativos, entre los que destaca el de las Puntas Palmela con 0.68, que si tenemos en cuenta el tamaño de la muestra estudiada (85 casos) y su amplia dispersión cronológica y geográfica, no deja de ser relevante.

8. LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN PARA EL FUTURO

Para concluir pueden señalarse algunas de las hipótesis más relevantes en torno a las que debería orientarse la investigación futura en la región, alguna de las cuales ya se están acometiendo en mi tesis doctoral, con estudios detallados de base regional que incluyen ya toda la meseta, donde el inventario de yacimientos conocidos supera los 400:

A) Los objetos campaniformes, en tanto que elementos de prestigio, tuvieron un uso restringido y fueron manipulados en el ámbito de las relaciones sociales para legitimar y reforzar diferencias inci-

ipientes. Algunos indicadores arqueológicos de tal situación serían: 1) Presencia minoritaria en el repertorio de materiales de los poblados, concentrada espacialmente en ciertas unidades de hábitat, en las que además se constaten otros hallazgos que demuestren diferencias económicas (por ejemplo en los patrones faunísticos). 2) Aparición excepcional en contextos funerarios, concentrados en ciertos enterramientos, preferentemente individuales. 3) Notable grado de estandarización y ostensibles diferencias de calidad en su fabricación. 4) Constatación de su circulación a nivel regional e interregional, mediante análisis de procedencia de materias primas y estudios tipológicos complementarios de base estadística rigurosa (por ejemplo de las decoraciones).

B) Contexto social conflictivo en época campaniforme, con incipientes diferencias aún no institucionalizadas, y ya rastreables en etapas inmediatamente anteriores. Algunos de los indicadores arqueológicos serían: 1) Cambios en el patrón de asentamiento, con el aumento del número de yacimientos y concentración en terrenos de mayor potencial agropecuario; y en los rituales funerarios, con la aparición de los primeros enterramientos individuales con ajuares personales; en la segunda mitad del 3^{er} milenio a.C. (fechas sin calibrar). 2) Cuando entra en escena el campaniforme deberían detectarse las diferencias sociales: en los poblados, a través de la concentración de elementos de prestigio en ciertas cabañas, donde también se distinguen indicadores de una base económica aventajada (silos con mayor capacidad, registro faunístico y paleobotánico más rico, etc.); y en los enterramientos, con la existencia de algunas escasas tumbas con ricos ajuares, compuestos por elementos de prestigio campaniformes, bien aisladas bien en pequeñas necrópolis con otras tumbas de inferior rango, tanto en los ajuares como quizá también en la nutrición de los inhumados.

C) Se produce un lento proceso de cambio económico que arrancaría en el tercer milenio a.C. (fechas sin calibrar), con un incremento de la intensificación de la producción y una multiplicación de los intercambios, tanto en alcance como en intensidad. Los indicadores arqueológicos de estos fenómenos serían, en el primer caso, la detección de algunos de los elementos que forman la "revolución de los productos derivados" (Sherratt 1981), por su potencial para la intensificación productiva; y en el segundo caso, la percepción de un aumento de las regularidades en cultura material, a nivel local y regional, y de la proliferación de núcleos que se emplacen en ubicaciones privilegiadas para el control de las vías naturales de comunicación.

En conclusión, y dado el estado actual de la

información disponible, es indudable que muy pocas de estas líneas de investigación pueden desarrollarse plenamente a corto plazo; ninguna de las hipótesis sugeridas (ni las alternativas que puedan proponerse) descansan sobre bases firmes, por lo que están abiertas a la discusión y la verificación empírica del registro arqueológico. El propósito de este trabajo, por

ello, no es otro que desplazar el interés y los trabajos de campo hacia la contrastación de hipótesis y cuestiones hasta ahora ignoradas por la investigación en la zona, y construir un marco previo que sienta las bases de una nueva forma de abordar el campaniforme meseteño.

NOTAS

⁽¹⁾ Este trabajo intenta resumir lo esencial de mi Memoria de Licenciatura, titulada "El fenómeno campaniforme en la meseta sur: Corpus de materiales y nuevos planteamientos teóricos", que fue leída en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid el 8-6-1994, poco antes del fallecimiento de quien fue su director, el Dr. D. Manuel Fernández-Miranda, a quien desde estas líneas queremos dedicar un emocionado recuerdo. Quiero expresar asimismo mi agradecimiento al Dr. D. Alfredo Jimeno Martínez, cuyas observaciones al manuscrito original han contribuido a mejorarlo, eliminando no pocos errores. Los que aún subsistan son exclusiva responsabilidad mía.

⁽²⁾ Según Castillo (1947: 610) el primer hallazgo campaniforme peninsular es, en realidad, un vaso descubierto en Écija en 1888.

⁽³⁾ La única excepción conocida con seguridad hasta la fecha, es el depósito metálico de la Finca de la Paloma en Pantoja, Toledo (Harrison 1974; Revuelta 1980; Álvaro 1987a: 21-22 y Láminas XIV-XVII). Por ahora un caso único, de compleja interpretación.

⁽⁴⁾ Información obtenida gracias a la gentileza del Servicio Territorial de Cultura de Valladolid, que nos facilitó el acceso al informe inédito de la excavación de urgencia realizada por D. J.A. Rodríguez-Marcos y D. J.I. Herrán Martínez.

⁽⁵⁾ Para momentos inmediatamente posteriores, del Bronce pleno, se tienen al parecer pruebas directas en un yacimiento madrileño, con un metápedo de bóvido deformado (Blasco y Barrio 1986: 125).

⁽⁶⁾ Existe también una curiosa variante, en todo igual a la MHV, pero en la que la dirección del puntillado oblicuo es la misma en todos los frisos. Cuenta con numerosos ejemplos en la Península Ibérica, tres de ellos en la meseta, todos en la meseta sur: Arenero de la Casa del

Cerro y dolmen de Entretérminos en Madrid, y Cuesta Blanca en Ollas del Rey, Toledo (Garrido 1994b: 38).

⁽⁷⁾ Sólo se conoce una excepción a esta norma, en un fragmento inédito del yacimiento madrileño del Camino de las Cárcavas/Calderas en Aranjuez, que conocemos gracias a la gentileza del Servicio de Patrimonio Mueble y Arqueológico de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, por permitirnos el acceso a la Carta Arqueológica de Madrid. Presenta una hilera de dientes de lobo rellenos de trazos, inmediata al borde.

⁽⁸⁾ Sólo contamos con una interesante excepción en el vaso campaniforme de Valdilecha, Madrid (Priego y Quero 1978: figura 6), donde la franja que decora el interior se fragmenta en varios tramos, alternando con espacios lisos, a modo de triglifos y metopas.

⁽⁹⁾ El reciente hallazgo madrileño, en la tumba del Arenero de Soto e Hijos (Blasco *et al.* 1994: 91-94), de un fragmento de este tipo en contexto funerario supone una excepción, que habría que interpretar como una reutilización, más que fabricación para el ritual.

⁽¹⁰⁾ Por ejemplo en la tumba I de Heidesheim en Alemania (Harrison 1980: figura 22:4).

⁽¹¹⁾ Por ejemplo las recientes limpiezas de algunos dólmenes salmantinos, excavados antiguamente, como el Teriñuelo en Aldeavieja de Tormes, y excavaciones de los de Galisacho y La Veguilla, han depurado interesantes hallazgos. Datos muchos ellos inéditos que conocemos gracias a la gentileza de D. Manuel Santonja, D. Nicolás Benet y D^a. Rosario Pérez.

⁽¹²⁾ Hallazgo inédito de D. Juan Manuel Rojas Rodríguez-Malo, gracias a cuya amabilidad lo conocemos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABERG, N. (1922): *La civilisation énéolithique dans la Peninsule Iberique*. Leipzig.
- ALANÓN FLOX, L. (1988): Prehistoria y Arqueología de San Carlos del Valle (Ciudad Real). *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol. II (1): 140-1.
- ALMAGRO BASCH, M. (1972): Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo-estela de Tabuyo (León). *Trabajos de Prehistoria*, 29: 105 y ss.
- ÁLVARO REGUERA, E. DE (1987a): La Edad del Cobre en el valle del Tajo. *Carpetania*, I: 11-42.
- ÁLVARO REGUERA, E. DE (1987b): El poblamiento calcolítico en la Meseta sur. *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica* (M. Fernández-Miranda, ed.), vol. II. Seminario de la Fundación Ortega y Gasset, Oviedo: 16-36.
- ÁLVARO, E. DE; MUNICIO, L.; PIÑÓN, F. (1988): Informe sobre el yacimiento de Los Castillos (Las Herencias, Toledo): Un asentamiento calcolítico en la

- submeseta sur. *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo II(1): 181-192.
- ÁLVARO, E. DE; PEREIRA, J. (1990): El cerro del Bu (Toledo). *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*: 199-213.
- ARRIBAS, A.; MOLINA, F. (1979): El poblado de Los Castillejos de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, Serie Monográfica, 3. Granada.
- ARRIBAS, A.; MOLINA, F. (1987): New Bell Beaker Discoveries in the Southeast Iberian Peninsula. *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation theory and new site data. The Oxford International Conference 1986* (W.H. Waldren y R.C. Kennard, eds.). B.A.R. (Int. Series), 331: 129-146.
- BALBÍN, R. DE; BUENO, P.; JIMÉNEZ, P.; ALCOLEA, J.; FERNÁNDEZ, J. A.; PINO, E.; REDONDO, J.C. (1989): El yacimiento de Rillo de Gallo (Guadalajara). *Wad al Hayara*, 16: 31-73.
- BARANDIARÁN, I. (1973): *Excavaciones en la Cueva de los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 76. Madrid.
- BARANDIARÁN, I. (1975): Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria). 1968. *Noticiario Arqueológico Hispanico*, Prehistoria, 3: 9-72.
- BARGE-MAHIEU, H. (1991): Fiche Boutons et ecarteurs a perforation en V. *Fiches Typologiques de l'industrie osseuse préhistorique. Neolithique, age des Metaux* (Camps-Fabrer, H., ed.). Cahier IV (Objets de Parure), Publications de l'Université de Provence: 1-18.
- BERNABEU, J. (1984): *El Vaso Campaniforme en el País Valenciano*. S.I.P., Serie Trabajos Varios, 80, Valencia.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1981): Una alabarda procedente del valle del Manzanares (Madrid). *Zephyrus*, XXXII-XXXIII: 157-166 y figura 1.
- BLASCO, M^a.C. (ed.) (1994): *El Horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Universidad Autónoma de Madrid.
- BLASCO, M^a.C.; BARRIO, J. (1986): Excavaciones de dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 77-142.
- BLASCO, M^a.C.; CALLE, J.; SÁNCHEZ, M.L. (1991): Restos de un asentamiento campaniforme en la Fábrica de Ladrillos de PRERESA (Getafe, Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 29-55.
- BLASCO, M^a.C.; CAPRILE, P.; CALLE, J.; SÁNCHEZ CAPI-LLA, M.L. (1989): Yacimiento campaniforme en el valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe, Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 6: 83-113.
- BLASCO, M^a.C.; LUCAS, R.; ALONSO, A. (1983): Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: El cerro de San Antonio. *Actas XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño)*: 267-8 y lámina I.
- BLASCO, M^a.C.; RECUERO, V.; AYLLÓN, J.; BAENA, F.J. (1988-9): Novedades sobre el horizonte campaniforme en la región de Madrid. *Zephyrus*, XLI-XLII: 199-227.
- BLASCO, M^a.C.; RECUERO, V. (1994): Inventario general de yacimientos. En Blasco 1994: capítulo I: 13-46.
- BLASCO, M^a.C.; ROVIRA, S. (1992-3): La metalurgia del cobre y del Bronce en la región de Madrid. *Tabona*, vol. VIII, tomo II: 397-415.
- BLASCO, M^a.C.; SÁNCHEZ, M^a.L.; CALLE, J. (1994): El mundo funerario. En Blasco 1994: capítulo III: 75-99.
- BOSCH GIMPERA, P. (1919): *Prehistoria catalana*. Enciclopedia catalana, vol. XVI. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1920): *La arqueología prerromana hispánica*. Apéndice a la traducción de *Hispania* de Schulten. Barcelona.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1990): Megalitos en la Submeseta Sur: la provincia de Toledo. *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*: 125-160.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: Los dólmenes de Azután y La Estrella (Toledo)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 159, Madrid.
- BUENO, P.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1981): El Peñātu de Vidiago (Llanes, Asturias). *Altamira Symposium*: 451-467.
- BURGESS, C.; SHENNAN, S. (1976): The Beaker phenomenon: some suggestions. *Settlement and Economy in the third and second Millenia B.C.* (C. Burgess y R. Miket, eds.). B.A.R., 33. Oxford: 309-331.
- CASE, H.J. (1987): Postscript. Oxford International Mediterranean Bell Beaker Conference. *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986* (W.H. Waldren y R.C. Kennard, eds.). B.A.R. (Int. Series), 331(i). Oxford: 115-127.
- CASTILLO YURRITA, A. DEL (1922): La cerámica incisa de la cultura de las cuevas de la Península Ibérica y el problema de origen de la especie del vaso

- campaniforme. *Anuario de la Universidad de Barcelona*. Barcelona.
- CASTILLO YURRITA, A DEL. (1928): *La cultura del vaso campaniforme. Su origen y extensión por Europa*. Barcelona.
- CASTILLO YURRITA, A DEL. (1947): El Neoeolítico. *Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*, vol. I: 489-714.
- CERDEÑO SERRANO, M^a L. (1978): Notas sobre algunas cerámicas campaniformes de Alcolea de las Peñas (Guadalajara). *Wad al Hayara*, 5: 35-50.
- CHAPMAN, R.W. (1987): Once upon a time in the West: some observations on beaker studies. *Bell Beaker of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986* (W.H. Waldren y R.C. Kennard eds.). B.A.R. (Int. Series), 331(ii): 180-206 y figuras 1-10.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1991): *La Edad del Bronce en el Noreste de la Submeseta sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense, Madrid.
- DIETLER, M. (1990): Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the Case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology*, 9: 352-406.
- ESPADAS, J.J.; POYATO, M.C.; CABALLERO, A. (1987): Memoria preliminar de las excavaciones del yacimiento calcolítico de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real). *Oretum*, III: 41-78.
- ESTAVILLO VILLAUMBROSA, D. (1950): Yacimientos arqueológicos del Campo de Criptana (La Mancha). *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XXV: 37-72, lámina VII y figura 6 (2).
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1992): El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII: 97-132.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad de Bronce en la Meseta Norte*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a.D. (1981): La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 45-84.
- GALÁN Y SAULNIER, C. (1988): Los enterramientos del Calcolítico y el Bronce inicial de la submeseta sur. *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo II(1): 193-197.
- GALÁN Y SAULNIER, C. (1989): Decoraciones cerámicas: Una propuesta metodológica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16: 81-96.
- GALÁN, C.; FERNÁNDEZ, A. (1978-9): Excavaciones en Los Dornajos (La Hinojosa, Cuenca), Campañas de 1981 y 1982. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 5-6: 31-48.
- GALÁN, C.; POYATO, C. (1982-3): Excavaciones en Los Dornajos, La Hinojosa (Cuenca). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 9-10: 71-79.
- GARCÍA HERAS, M.; OLAETXEA, C. (1992): Métodos y

- análisis para la caracterización de cerámicas arqueológicas. Estado actual de la investigación en España. *Archivo Español de Arqueología*, 65: 263-289.
- GARRIDO PENA, R. (1994a): El fenómeno campaniforme en la región de Madrid: Actualización de la evidencia empírica y nuevas propuestas teóricas. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9: 67-90.
- GARRIDO PENA, R. (1994b): *El fenómeno campaniforme en la meseta sur: Corpus de materiales y nuevos planteamientos teóricos*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad Complutense, Madrid.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1981): The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22 (nº1): 1-23.
- GUILAINE, J. (ed.) (1984): *L'Age du Cuivre européen. Civilisation à vases campaniformes*. CNRS, París.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, A. (1934): Excavaciones en Ocaña. *Memorias de la Junta Superior de excavaciones arqueológicas*, 130.
- HARO, J. DE; VELA, F. (1988): Los yacimientos del Calcolítico y del Bronce en el noroeste de la provincia de Ciudad Real. *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II(1): 271-281.
- HARRISON, R.J. (1974): Ireland and Spain in the Early Bronze Age. *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, CIV: 52-73.
- HARRISON, R.J. (1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. American School of Prehistoric Research Bulletin, 35. Cambridge-Massachusetts.
- HARRISON, R.J. (1980): *The Beaker Folk. Copper Age archaeology in Western Europe*. Thames and Hudson, London.
- HERNANDO GONZALO, A. (1983): La orfebrería durante el Calcolítico y el Bronce antiguo en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 40: 85-138.
- HERNANDO GONZALO, A. (1992): Enfoques teóricos en Arqueología. *SPAL*, 1: 11-35.
- HURTADO, V.; AMORES, F. (1982): Relaciones culturales entre el sureste francés y la Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado. *Habis*, 13: 189-209.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F. (1947): Hallazgos arqueológicos de la Jara. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (Toletum)*, 61: 74-77.
- KUNST, M. (1987): Bell Beaker Sherds in Zambujal. *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation and new site data. The Oxford International Conference 1986* (W.H. Waldren y R.C. Kennard, eds.). B.A.R. (Int. Series), 331: 591-600. Oxford.
- LANTING, N.; VAN DER WAALS, J. D. (eds.) (1976): *Glockenbecher Symposium, Oberried, 1974*. Bussum.
- LOSADA, E. (1976): El dolmen de Entretérminos (Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 33: 209-226.
- LULL, V.; PICAZO, M. (1989): Arqueología de la Muerte y Estructura Social. *Archivo Español de Arqueología*, 62: 5-20.
- MACARRO, J.A.; SILVA GATA, J.F. (1990): Un hábitat campaniforme en Barbatona (Sigüenza, Guadalajara). *Wad al Hayara*, 17: 43-66.
- MARQUÉS DE LORIANA (1942): Nuevos hallazgos del vaso campaniforme en la provincia de Madrid. *Archivo Español de Arqueología*, XV: 161 y ss.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES, G. (1974): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente Olmedo*. Monografía nº 1 del Museo Arqueológico de Valladolid. (Existe una reedición de esta obra, en 1989, revisada y actualizada con los nuevos hallazgos).
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J.M. (1988): Cerámicas campaniformes de la provincia de Cuenca. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 123-142.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1979): El yacimiento de La Esgaravita y la cuestión de los fondos de cabaña. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 83-118.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1984): El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 41: 17-91.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1987): Los primeros periodos metalúrgicos. *Exposición 130 años de Arqueología en Madrid*: 58-81.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a.I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*. Madrid, Siglo XXI.
- MARTÍNEZ, V.; VALIENTE, J. (1990): Un asentamiento campaniforme en las Tetras de Viana (Viana de Mondéjar, Guadalajara). *Wad al Hayara*, 17: 7-42.
- MILLÁN, A.; ARRIBAS, J.G.; CALDERÓN, T. (1991): Caracterización mineralógica de cerámicas campaniformes: El yacimiento de Preresca (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 57-70.
- MILLÁN, A.; ARRIBAS, J.G. (1994): La cerámica: Estudio tecnológico. En Blasco 1994: capítulo IV (2ª parte): 117-126.
- MORALES MUÑOZ, A. (1992): Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña 1979. *Boletín del*

- Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII: 65-96.
- MORALES, A.; LIESAU, C. (1994): Arqueozoología del Calcolítico en Madrid: Ensayo crítico de síntesis. Blasco 1994: capítulo VII: 227-247.
- MORENO LÓPEZ, G. (1971-2): Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes. *Caesaraugusta*, 35-6: 29-51.
- MUNICIO GONZÁLEZ, L. (1988): El Neolítico en la Meseta Central. *El Neolítico en España* (P. López, ed.). Editorial Cátedra, Madrid: 299-327.
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K. (1993): El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el Valle Medio del río Tajo. *Complutum*, 4: 321-336.
- OBERMAIER, H. (1917): El yacimiento prehistórico de Las Carolinas. *Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, 16: 5 y ss.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1929): Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid. *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, II (3ª serie): 153-322.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-35): Nuevos Estudios sobre Prehistoria Madrileña. I, la colección Bento, *Anuario de Prehistoria Madrileña*, vol.IV-VI: 1-90.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1941): El poblado prehistórico de Los Vascos, *Atlantis. (Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria)*, tomo XVI, cuaderno 1-2. Madrid: 158-160, lámina IX.
- POYATO, M.C.; GALÁN, C. (1988): Las cerámicas del Grupo Dornajos de la Mancha Oriental. *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, tomo II: 301-307.
- PRIEGO, M^a.C.; QUERO, S. (1977): El Campaniforme en el valle del Manzanares (Madrid). *XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975)*: 267-276.
- PRIEGO, M^a.C.; QUERO, S. (1978): Campaniformes del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid. *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, vol.3-4: 83-94.
- PRIEGO, M^a.C.; QUERO, S. (1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 8 (monográfico).
- REVUELTA TUBINO, M. (1980): Los hallazgos de Pantoja en el Museo de Santa Cruz. *Toletum*, Año 64, 1977-8: 49-52. Toledo.
- RIAÑO, J.F.; RADA, J.D.; CATALINA, J. (1894): Hallazgo prehistórico de Ciempozuelos. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXV: 436-450.
- ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. (1984): *El Vaso campaniforme en la provincia de Toledo*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad Complutense.
- ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. (1988): Relación hábitat-economía en el mundo campaniforme toledano. *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II: 199-206.
- ROJAS, J.M.; RODRÍGUEZ, S. (1990): El Guijo: Aportación al estudio del Calcolítico y la Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo. *Actas Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*: 163-198.
- ROVIRA LLORENS, S. (1989): Recientes aportaciones para el conocimiento de la metalurgia primitiva en la provincia de Madrid: un yacimiento campaniforme en Perales del Río (Getafe, Madrid). *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza*: 355-367.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I.; CONSUEGRA, S. (1992): Archaeometallurgical study of Palmela arrow heads and other related types. *Archaeometallurgia. Recherche e Prospettive* (E. Antonacci, ed.), Bologna, CLUEB: 269-289.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I. (1994): Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid. Blasco 1994: capítulo V: 137-171.
- ROWLANDS, M.J. (1980): Kinship, Alliance and Exchange in the European Bronze Age. *The British Later Bronze Age* (J. Barrett y R. Bradley, eds.), B.A.R., 83: 15-55.
- RUIZ FERNÁNDEZ, F. (1975): Una necrópolis de la Edad del Bronce en Yuncos (Toledo). *Sautuola*, I: 117-133.
- RUIZ GÁLVEZ, M^a.L. (1992a): Variaciones sobre un tema ... no de Haydn sino de Renfrew: Los indoeuropeos, sus lenguas y el comercio. *Arqritica*, 4: 18-9.
- RUIZ GÁLVEZ, M^a.L. (1992b): La Novia Vendida: Agricultura, herencia y orfebtería en la Protohistoria de la Península Ibérica. *Spal*, 1: 219-251.
- RUIZ TABOADA, A. (1994): *La Edad del Bronce en el límite noroccidental de la Mancha*, Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ, A.; GALÁN, C.; POYATO, M.C. (1983): *El Neolítico y La Edad del Bronce en la región de Madrid*. Arqueología y Paleoecología, 3. Diputación de Madrid, Madrid.
- SANGMEISTER, E. (1963): La civilisation du vase campaniforme. *Actes du Premier Colloque Atlantique: Les civilisations atlantiques du neolithique à l'Age du Fer*: 25-56. Rennes.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1987): Style and Ideology. *Reconstructing Archaeology. Theory and Practice* (M. Shanks y C. Tilley, eds.), Cambridge Uni-

- versity Press, Cambridge: 137-171.
- SCHMIDT, H. (1915): Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España (traducido por P. Bosch Gimpera). *Memoria nº8 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Madrid.
- SHENNAN, S. (1989): Introduction: archaeological approaches to cultural identity. *Archaeological Approaches to Cultural Identity* (S. Shennan, ed.), *One World Archaeology*: 1-32.
- SHENNAN, S. (1992): *Arqueología cuantitativa*. Crítica, Barcelona.
- SHERRATT, A. (1981): Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. *Pattern of the past* (I. Hodder et al., eds.). Cambridge University Press, Cambridge: 261-305.
- SHERRATT, A. (1987): Cups that Cheered. *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986* (W.H. Waldren y R.C. Kennard, eds.). B.A.R. (Int. Series), 331. Oxford: 81-114.
- SCHÜLE, W.; PELLICER, M. (1966): *El Cerro de la Virgen, Orce (Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 44. Madrid.
- THOMAS, J. (1987): Relations of production and social change in the Neolithic of North-West Europe. *Man*, 22 (3): 405-430.
- THORPE, I.J.; RICHARDS, C. (1984): The Decline of Ritual Authority and the Introduction of Beakers into Britain. *Neolithic Studies. A Review of some Current Research* (R. Bradley y J. Gardiner, eds.). B.A.R., 133(1). Oxford: 67-84.
- TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona.
- VALIENTE MALLA, J. (1987): *La Loma del Lomo I, Cogolludo (Guadalajara)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 152. Madrid, Ministerio de Cultura.
- VALIENTE MALLA, J. (1992a): *La Loma del Lomo II, Cogolludo (Guadalajara)*. Junta de Castilla la Mancha, Toledo.
- VALIENTE MALLA, J. (1992b): Notas de metalurgia prehistórica en Guadalajara. *Wad al Hayara*, 19: 39-49.
- VALIENTE, J.; GARCÍA-GELABERT, M.P. (1983): La Cueva Harzal de Olmedillas. Resultados de una prospección (Sigüenza, Guadalajara), *Wad al Hayara*, 10: 7-23.
- VICENT, J.M. (1989): *Bases teórico-metodológicas para el estudio del comienzo de la metalurgia en la Península Ibérica*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- WALDREN, W.H.; KENNARD, R.C. (eds.) (1987): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986*, B.A.R. (Int. Series), 331. Oxford.
- WASHBURN, D.K. (1983): Symmetry Analysis of Ceramic Design: Two Tests of the Method on Neolithic material from Greece and the Aegean. *Structure and Cognition in Art* (D.K. Washburn, ed.), Cambridge University Press, Cambridge: 138-164.
- WEBSTER, G. (1990): Labor Control and Emergent Stratification in Prehistoric Europe. *Current Anthropology*, 31 (4): 337-366.
- ZULUETA MENTXAKA, M.J. (1988): Metodología para el estudio de las cerámicas del "Grupo Dornajos" (Cuenca). *Primer Congreso de Historia de Castilla la Mancha*, vol.II: 311-321.



Complutum

M. Domínguez-Rodrigo

J. C. Díez Fernández-Lomana

M. Ruiz-Gálvez

J. Rovira i Port y
A. Casanovas i Romeu

M. Almagro-Gorbea

J. García-Mauriño Múzquiz

A. Jimeno Martínez y
E. Morales Hernández

J. R. Álvarez-Sanchís

J. Rodríguez Alcalde y
T. Chapa Brunet

M. I. Panosa

E. Peralta Labrador

E. y M. Schubert

N. Sanz Gallego

V. M. Fernández, A. Jimeno y
M. Menéndez

Y. Álvarez González

J. A. Arenas Esteban

M. Almagro-Gorbea y
J. E. Benito-López

A. Ruiz Taboada

K. Muñoz López-Astilleros

A. M. Martín Bravo

The behavioral meaning of the early African archaeological sites
Estudio tafonómico de los macrovertebrados de yacimientos del
Pleistoceno Medio.

El Occidente de la Península Ibérica a fines de la Edad del Bronce
El depósito de brazaletes de Sant Aleix (Lleida)

La introducción del hierro en la Península Ibérica
Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica
El poblamiento de la Edad del Hierro en el Alto Duero
y la necrópolis de Numancia

En busca del verraco perdido
«Meterse en la boca del lobo»

Catálogo de nuevas inscripciones ibéricas de Cataluña
La tésera cántabra de Monte Cildá (Palencia)

Metrological research into the foot measurement found in the
Celtic Oppidum of Manching

ARQUEOLOGIA DEL TERRITORIO

Para una lógica social del espacio en Prehistoria
Modelos de asentamiento del Mesolítico y Neolítico en el Nilo Azul

Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación
de los castros del valle de Noceda (León)

El poblamiento de la segunda Edad del Hierro en la depresión
de Tortuera-La Yunta (Guadalajara)

La prospección arqueológica del valle del Tajuña (Madrid)

Producción y explotación económica de los Montes de Toledo
durante la Edad del Bronce

El poblamiento desde el Calcolítico a la primera Edad del Hierro
en el valle medio del Tajo

La comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro

NOTICARIO CIENTIFICO